



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

2

DIALOGO VITAL: MOLLY BOTTOMLESS





PROLOGO

Diálogo Vital 2: Molly Bottomless es el segundo volumen de la Serie DIALOGO VITAL de la Biblioteca Inteligente.

La Serie DIALOGO VITAL consta de 10 volúmenes diseñados para niños pequeños que tanto necesitan del amor y del calor que nos brindan los animalitos con los cuales compartimos nuestra casa, nuestro planeta.

Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

- | | |
|------------------------|--|
| DIALOGO VITAL 1 | ¡Muy bien Muchacho! |
| DIALOGO VITAL 2 | Molly Bottomless |
| DIALOGO VITAL 3 | Nuestra bella Elif |
| DIALOGO VITAL 4 | El Shequel y su pandilla |
| DIALOGO VITAL 5 | Un día con Porcel |
| DIALOGO VITAL 6 | Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein! |
| DIALOGO VITAL 7 | OVNIS y Extraterrestres |
| DIALOGO VITAL 8 | Una familia muy normal |
| DIALOGO VITAL 9 | El Cuchicito Higinio |
| DIALOGO VITAL 10 | ¡Todos los perritos se van al cielo! |

* * *

La Serie DIALOGO VITAL, trata del diálogo con nuestros semejantes y hace resaltar nuestra responsabilidad para con los seres humanos, con los extraterrestres, con los animalitos y con los seres virtuales como es el caso del George Frankenstein con quien el diálogo se torna conmigo mismo.

La Serie DIALOGO VITAL consta de los siguientes volúmenes:

Diálogo Vital 1: ¡Muy bien Muchacho! es la historia de un hermoso hámster dorado de mi hijita Lili Ester, al cual ella le puso por nombre, Shadow.

Su epíteto “Shadow Internacional” se debe al hecho de que por varios años me acompañó en mis viajes La Paz-Lima-La Paz, dos veces cada año, para atender mis responsabilidades académicas en la Santa Sede. Es que, si bien el Shadow era de mi hija, el que lo cuidaba era yo. Buena parte de las historias tratan de esos viajes y las aventuras que significaron para nosotros dos.

Diálogo Vital 2: Molly Bottomless es la historia de una hermosa perrita Cocker Spaniel a la cual mi pequeña hija Lili Ester le puso como nombre, Molly, nombre de su artista favorita de rock. Y lo de Bottomless se debe a que le cosió un chalequito chiquito, muy alhajita, y como se olvidó de coserle un calzoncito, la perrita parecía una sensual belleza brasilera *bottomless*.

Diálogo Vital 3: Nuestra bella Elif deriva su título de su historia inicial sobre Elif, una hermosa perrita Poodle que llegó a nuestro hogar en circunstancias providenciales.

Elif es un nombre que llevan las mujeres más bellas de Turquía. Simplemente no hay una Elif que no sea linda. Así, nuestra Elif es la Miss Universe de los perritos y su nombre en turco significa “esbelta”.

El resto del volumen incluye historias de perritos, entre los que destaca el Shequel del cual sin duda te enamorarás.

Diálogo Vital 4: El Shequel y su pandilla es un desfile de seres admirables precedidos por Shequel, un perrito cuya historia conmovedora tiene grandes lecciones para todos nuestros lectores.

Diálogo Vital 5: Un día con Porcel deriva su título de su historia inicial sobre una hermosa gatita que vino a formar parte de mi vida. El resto del volumen incluye historias de toda clase de animalitos que solemos tener en nuestras casas como regalones o mascotas.

Diálogo Vital 6: Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein! ya no es sobre animalitos sino sobre un ser humano virtual cuyo misterio sin duda querrás develar, porque él es quien está más cerca de mi alma.

Diálogo Vital 7: OVNIS y Extraterrestres es un volumen que trata sobre los seres tan parecidos a nosotros que nos visitan provenientes de las estrellas. De que los hay, los hay; y a pesar de que no he visto a ninguno, quizás yo soy el único ser humano en la Tierra que se ha propuesto orar por ellos, para que nuestro Creador dirija sus pasos milenarios hasta el momento en que nos encontremos de manera personal en la cercana Parusía.

Diálogo Vital 8: Una familia muy normal es la historia de los miembros de mi familia. Pero para uno de ellos hemos preferido escribir un libro entero que viene a continuación en la Serie DIALOGO VITAL: El abuelito Higinio.

Con las relaciones dentro de nuestra familia ilustramos la realidad del diálogo con nuestros semejantes.

Diálogo Vital 9: El Cuchicito Higinio trata de un niño ciego de nacimiento, pero que parecía ver.

Su larga vida hasta la edad de 87 años está llena de lecciones para todos nosotros.

¡Qué Dios lo tenga en su gloria donde esperamos volvernos a ver.

Diálogo Vital 10: ¡Todos los perritos se van al cielo! trata de las características maravillosas de los perritos que Dios ha puesto al lado nuestro para ser nuestros más fieles compañeros. Este volumen nos enseña a ser buenos y amorosos con ellos. Cuando les hablamos constantemente nos llegan a entender. Pero más nos entienden en el plano de la comunicación de sentimientos.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie DIALOGO VITAL provienen de la *Biblia Decodificada*, la Versión Oficial de la Santa Sede.

Para profundizar las enseñanzas de las historias cortas de la Serie DIALOGO VITAL visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave para abrir, y cuando sales, no te olvides de dejarla sobre en el batán que está junto a la puerta, pero bien escondidita debajo del chungo para que nadie la pueda encontrar:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que publica temas acerca del diálogo con nuestros semejantes, para, para recibirlo escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al diálogo vital con nuestros semejantes!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO:

PROLOGO

HISTORIAS CORTAS

1

MOLLY BOTTOMLESS

2

UNA SOMBRA ANGELICAL

3

MI PRIMERA LECCION DE OFTALMOLOGIA

4

MOLLY Y LOS COCALEROS

5

LA NUMERO 5 EN MI VIDA

6

LAS BODAS DE MOLLY

7

7
MOLLY EN EL CELO

8
¡PERDONAME, MOLLY!

9
DE VUELTA A CASA

10
COMPARTIENDO EL DOLOR

11
REFLEXIONES DE ROCCO

12
MOLLY Y LA BIBLIA



1

MOLLY BOTTOMLESS

¡El Señor ha sido tan bondadoso conmigo!

En la Navidad del 2001 me obsequió con una hermosa gringuita de pelo color de miel.

Es la hembra que más me ha amado y me ha colmado de besos chupones; una experiencia religiosa, tan tierna y dulce que jamás pensé que me ocurriría a mí, casualmente a esta altura de mi vida.

Ella se llama Molly, y su apellido inglés es muy sugerente: Bottomless.

Si tú sabes qué cosa es un topless, sabrás también decodificar el significado de su apellido, Bottomless. Pues *bottomless* es exactamente lo mismo que *topless*, pero del ombligo para abajo.

* * *

Quise compartir esta historia mía con mi pastor, y le llevé personalmente una copia a su casa.

El leyó el primer párrafo, y no pudo disimular su envidia cuando se enteró de que a mis años se enamorara de mí una tierna gringuita como Molly.

Me dijo con voz temblorosa:

—Tu caso será pues como el de Doménico Modugno y su alumna de violín. . .

—¿En qué sentido, pastor?

—En que vos sos. . . “*¡tranta anni maggiore!*”

—¡Es peor que eso, pastor! —le dije—.

Me dice:

—¿De veras así se apellida tu gringuita?

—Sí, ¿por qué?

A pesar de tapar su boca con su mano, no pudo impedir que se le escapara una explosiva mezcolanza de asombro y carcajada. Y me dice:

—¿Sabías que Bottomless en inglés significa “sin calzón”?

* * *

Yo no le creí, pero todo comenzó en mi última visita a la Dra. Rosemarie, nuestra dentista. Tuve que llevar a mi pequeña niña, Lili Ester, de sólo nueve añitos, a su cita con la doctora; y como siempre, llegamos más temprano de lo indicado.

La niña me pidió que mientras abrían el consultorio nos diésemos una “resbaladita” pocos metros más abajo, a la Casa de Regalones “Champion” para divertimos mirando los perritos.

Yo acepté acompañarla, y de este modo empieza esta historia de amor.

Molly, la chica que atendía en la tienda de regalones era realmente preciosa y nos atendió con dulzura y con un trato muy profesional, no obstante su corta edad. De buenas a primeras nos mostró dos Hush Puppies andando en el suelo, pisando a cada paso sus grandes orejotas. Nos pareció divertidísimo.

En la sección de baño estaba un perro enorme que casi llenaba todo el cubículo de cristal, dejando poco espacio de maniobrabilidad al experto en baños caninos.

En la sección del estilista estaba de pie una tierna perrita Puddle, blanca como la nieve, recibiendo los últimos toques de manicure y pedicure, como toda una dama de la alta sociedad.

* * *

La Molly nos permitió tomar los cachorritos en nuestros brazos y acariciarlos. Y no dejaba de hablarnos de las ventajas de tener un cachorrito en casa, sobre todo si tenemos niños. Y cuando nos disponíamos a volver al consultorio dental, se hizo visible un tanto soñoliento, un cachorrito exageradamente bello, y nos detuvimos mirándolo por un rato más.

No lo habíamos visto al principio porque estaba medio oculto en una compacta madeja de cachorritos pequineses, chapis y Cocker Spaniels. ¡Entonces apareció de repente!

Mi pequeñita no pudo disimular su ansiedad haciéndome recordar con su mirada humilde y en mística imploración, que dentro de un mes sería Navidad. Pero en ese momento simulé no prestarle atención, porque temía retrasarnos a nuestra cita.

Se trataba de un hermoso cachorrito Cocker Spaniel del cual mi pequeña quedó prendada como amor a primera vista.

Cuando entramos al consultorio dental, la niña no le dejaba empezar a trabajar a la doctora en su boca, por contarle de la hermosura del perrito que acabábamos de ver en la tienda de al lado.

* * *

En su segunda visita a nuestra dentista, la niña se hizo acompañar de su mamá, y se esmeró para llegar temprano como la vez anterior. Ella es conocida como “la niñita a quien le gustan los doctores y los dentistas”. No tiene miedo ni incomodidad de asistir a una cita médica. Exige que la llevemos y se alista con anticipación para llegar a tiempo; esto no le llama la atención a su mamá.

Una vez ante la puerta cerrada del consultorio dental, también a ella le pidió que le acompañara a la tienda de al lado, para mostrarle un perrito que era “exageradamente bello”. Pero no insinuó nada; sólo alababa la belleza del perrito, y de rato en rato disimulaba un suspiro fugaz.

De nuevo se repitieron los comentarios acerca del perrito en el consultorio, mientras la doctora esperaba que terminara de hablar para poder empezar con su boca.

Cuando volvieron del dentista, mi esposa me comentó que también a ella le había llevado a la tienda de regalones y le había mostrado el perrito Cocker Spaniel que tanto le gustaba. Y mi esposa había observado que no era sólo nuestra hija que estaba prendada del perrito, sino también otras personas, chicos y grandes.

* * *

El sábado por la tarde, mientras Lili Ester estaba de visita en El Alto, en casa de su tía Stael, como suele hacer algunos fines de semana, acompañé a mi esposa al centro de la ciudad para hacer algunas compras. Y dio la casualidad que pasamos caminando por la puerta de la Casa de Regalones “Champion”. Entonces se me ocurrió pedirle que entráramos allí, porque quería que conociera a una gringuita que era maravillosamente hábil para atender a la gente, a pesar de ser prácticamente una niña. De paso, tenía curiosidad de ver si todavía estaba allí el perrito que tantos suspiros y desvelos le arrancaba a nuestra pequeña hija.

No sé qué buen viento soplaba en aquel atardecer, que hizo que mi esposa aceptara sin vacilar, porque para decir verdad, los perros no son santos de su devoción.

Cuando estábamos mirando al perrito Cocker Spaniel entró una señora llamada Consuelo, que daba la casualidad que trabajaba en la misma empresa donde trabajaba mi esposa. Sin hacer tantas preguntas, ella compró el otro perrito Cocker Spaniel que quedaba, un cachorrito negro del que se había prendado su pequeño hijo cuando fueron a su consulta con la dentista.

Yo no disimulaba mi alegría de que no se llevara el perrito bello, bello. Luego se marchó de la tienda con su cachorrito en sus brazos, feliz como una perdiz.

* * *

Entonces se me ocurrió hacerle una serie de preguntas a la Molly; sólo para explorar su profesionalismo. Mi esposa se mantenía un tanto ajena y callada; después de todo, los perros no son santos de su devoción.

Lo primero que le pregunté a la Molly era si el Cocker Spaniel que quedaba era machito o hembra. Mi esposa fue enfática en una ocasión respecto de que jamás aceptaría una perrita hembra en casa por temor de que nuestro departamento se convirtiese en “club de perros”. Así que la respuesta de la Molly me dejó helado:

—Es hembra. . .

Al verme en tal estado de consternación, mi esposa se arriesgó a preguntar por el precio, por pura curiosidad. Después de todo, qué importaba su precio si de todos modos era hembra, es decir, no la íbamos a llevar a casa jamás.

Cuando nos dijo que costaba 80 dólares, fue para mí el tiro de gracia. Casi me desplomo al piso, ¡plototoj!

Pero al verme tan desalentado y cabizbajo, la Molly continuó:

—Hoy en día, tener en casa una perrita hembra ha dejado de ser un inconveniente, porque cuando está en celo basta con ponerle un preservativo.

Me llamó la atención eso del “preservativo”. . . Y resulta que había sabido ser una pastillita. ¡Cómo ha avanzado la ciencia! ¿Di?

* * *

La conversación se tornaba interesante, incluso para mi esposa, para quien, como he dicho, los perros no constituyen los santos de su devoción. Ella se mostraba interesada en aprender algunas pocas cosas acerca de los perros, pero sólo por cultura general.

En eso, la Molly añadió:

—El precio incluye todas sus vacunas, excepto la séxtuple, que se pone cuando el perrito ya ha sido llevado de la tienda. También incluye el *matchmaking service*.

Yo pregunté:

—¿Qué es eso de *matchmaking service*?

—Es el servicio de casamentaría —respondió—.

Y pregunté:

—¿Qué es eso de “servicio de casamentaría”?

Y respondió:

—Cuando la perrita esté en celo, nosotros le conseguimos un “novio” apuesto, un Cocker Spaniel como ella. De esta manera sus cachorritos serán Cocker Spaniel de pura raza y conservarán sus características físicas y psicológicas. Además, con un módico costo adicional proveemos otros servicios colaterales como son el servicio de belleza, servicio de hotel (el Hotel Cielo) y de desahogo sexual y escuela de adiestramiento.

* * *

Al ver nuestros ojazos abiertos de asombro y admiración, la Molly se deshizo en atenciones:

—Si quieren, nuestro mismo médico veterinario la atenderá en el parto. La perrita puede ser traída a nuestra clínica.

A mí me daba risa que hablara así de una perrita de tan solo dos mesecitos. Y endulzando sus palabras con alegría y emoción, la Molly prosiguió:

—Y los cachorritos pueden ser vendidos a nuestra tienda de regalones. De esta manera se evitará regalarlos a personas que no los amen con verdadero apasionamiento, y quién sabe qué trato les puedan dar después de pasado el encanto de los primeros momentos. Y al hacer esto, ustedes recuperarán con creces toda su inversión.

Mientras pasábamos el tiempo en la tienda de regalones, mi esposa y yo desligábamos a ratos nuestra mirada de la perrita Cocker Spaniel para mirar a una Puddle a la cual le estaban dando su tratamiento cosmético. Cuando el maestro de pedicure y manicure acabó con ella, y salió de la tienda saltando de alegría detrás de su amo, volvimos nuestra atención a la perrita Cocker Spaniel que había quedado en la jaula.

* * *

Si conoces poco o nada de perros, te diré que el carácter señorial de un Cocker Spaniel resalta a la vista cuando aterriza el avión presidencial de Estados Unidos y se abre la portezuela. Entonces el primero en hacerse visible en la puerta del avión presidencial y en descender por las gradas aterciopeladas es un apuesto Cocker Spaniel, al cual le sigue, sujeto de una cuerda, el Presidente George W. Bush.

En cuanto a nuestra Cocker Spaniel, era una fiel réplica de la simpática perrita que actúa en el video de Walt Disney, “The Lady and the Tramp” (la Dama y el Vagabundo). Sus largas orejas parecen ser una coqueta cabellera rubia de una mujer. Y las puntas del pelo de sus orejas están trenzadas en rizos de color miel que nos hacen recordar la cabellera de una exuberante belleza brasileira que tuvimos por vecina en nuestro condominio. Como se suele decir con cariño en mi tierra, en Celendín, la perrita era. . . “¡de comérsela viva!”

* * *

Mi esposa y yo salimos de la tienda, cuesta abajo, rumbo a nuestra casa.

La Molly me había logrado convencer a mí, pero a mi esposa no logró convencerla en absoluto.

Así caminábamos juntos. Yo iba del brazo de ella, porque ella jamás va del brazo de mí. Y cuando nos acercamos al Banco de Crédito se me ocurrió decirle con temor y temblor, con palabras entrecortadas:

—Me temo que pronto alguien llegue a la tienda y se lleve la perrita. ¡Cómo se va a sentir nuestra pequeña Lili Ester cuando vaya a su tercera cita con la doctora, y se resbale a la tienda de regalones, y la perrita Cocker Spaniel ya no esté allí. . .

Y añadí:

—Porque de veras mucha gente le ha echado el ojo.

Ella me respondió:

—Pero la Lili está ahora en El Alto, y cuando vaya a su próxima cita ya puede haberse olvidado por completo del perro.

Le respondí:

—¡Te apuesto que ella no se va a olvidar!

* * *

Mi esposa callaba.

Y le dije:

—Yo siendo tú, le compraría la perrita ahora mismo, y le llamamos por teléfono para decirle que ella será su único regalo de Navidad. Además, yo me comprometo solemnemente a hacerme cargo de la perrita, de modo que nuestro departamento brille de limpio aun más que de costumbre. Cuando llegue la fecha de mi próximo viaje al Perú, la perrita ya estará bien adaptada y no ocasionará problemas en casa. Si de algún modo decidimos comprarle la perrita, tendrá que ser ahora. . . o nunca.

Mi esposa se mordía los labios, porque los perros, como dije, no son los santos de su devoción. Y yo le imploraba, henchido de ternura:

—Porfa, anímate. ¡Porfa, di que sí!

Ella seguía callada, pero al acercarnos a la puerta del Banco de Crédito, como zombie aceptó entrar allí para retirar el dinero. Pero sólo retiró 60 dólares, diciendo:

—Si te lo dan a 60 dólares, bien. Y si no, no.

Al ver el dinero en sus manos, no tuve más remedio que completarlo con mi fe, y volvimos a la Casa de Regalones.

Aquella muchachita maravillosa y altamente profesional, al ver el dinero verdecito y planchadito en mis manos, sacó a la perrita de la jaula y tiernamente la depositó en mis manos.

* * *

Mi esposa me miraba de reojo, mientras la perrita me comía a besos en mi cuello y debajo de mi oreja. En ratos, ella se reía en silencio, de celos.

Llenaron una libretita con sus datos y los informes de sus vacunas, y nos la dieron.

A continuación, llenaron un registro con los datos de la dueña, Lili Ester, y los de la perrita, que todavía no tenía nombre. Se dejó el espacio en blanco, para que sea llenado por la dueña. Pero la perrita no sería sólo de Lili Ester, sino también mía. Ella sería el perrito número 5 en mi vida, desde que yo fuera niño pequeño y hasta hoy.

Tomamos un taxi, y en asunto de minutos la perrita entraba en nuestro departamento en el condominio de Radio “Cruz del Sur”. Después descendimos con ella a nuestro patio cercado de rosas y de geranios, y la pusimos sobre el grass.

Tras unos breves momentos de quietud en que parecía concentrar sus pensamientos para tener sus piernecitas enhiestas, empezó a corretear detrás de los niños alrededor del hermoso pino que se levanta en medio patio como si fuera un arbolito de Navidad.

¡Qué diferencia con el robot que han diseñado los japoneses que la única gracia que tiene es que no hace pis! Además, nos costó tan sólo 60 dólares, mientras que el robot japonés nos habría costado 1.000.

* * *

Toda aquella noche la Lili Ester buscó cuál sería el mejor nombre para su perrita. Después de muchos esfuerzos, temprano de mañana nos llamó por teléfono para informarnos que había llegado a la conclusión de que se llamaría Molly, como la chica de la tienda de regalones y como la Molly “O”, la pequeña niña pelirroja de los dibujos animados de Nickelodeon, que a pesar de tener tan sólo ocho añitos compone ella misma sus canciones de rock que luego canta en sus multitudinarios recitales y en la televisión. Ella es cantautora del tema de rock “las chicas crean; los chicos babean”.

Dentro de unas horas, la Lili Ester vendría de El Alto para recibir en sus tiernos brazos a su adorada Molly.

* * *

Muy pronto aprendimos nuestras primeras lecciones sobre los Cocker Spaniel.

Aprendimos que así de cariñosa y de inteligente que era nuestra Molly, también era muy sensible, y si no correspondíamos al cariño que ella nos brindaba, se resentía y se deprimía. Por eso mismo nos vimos obligados a llevarla al Restaurant Familiar con nosotros, porque no podíamos dejarla sola en casa.

Después de unos días, antes de que nos güicapeasen del restaurant con Molly y todo, yo decidí cocinar en casa.

* * *

Cierto día Lili Ester me mostró un retazo de tela de colores vistosos y me dijo que le iba a hacer una ropita a su Molly.

Me imaginé verla incómoda con la prenda y le dije:

—Ojalá que sea algo cómodo para que no le cause ninguna molestia.

Honestamente, no creí que pudiese resultar algo bueno de su idea, porque la tela era pequeña, pero callé y esperé.

Después de unos pocos minutos apareció la Molly vestida con una prenda destinada a sujetar su cuerda, a fin de dejar de pasearla en brazos.

La prenda era sencilla, elegante y cómoda. Parecía un lindo *brassière* con dos agujeros redondos para que por ellas entraran sus patitas delanteras. Era algo muy gracioso, sobre todo cuando Molly se paraba en su dos patitas traseras implorando que la subamos a la cama. Por eso se me ocurrió bautizar la prenda con el nombre “bottomless”.

Acto seguido escribimos en su libreta de identidad su nombre y apellido completo: ¡Molly Bottomless!

Felicité a la Lili por su iniciativa y gusto artístico. Acaricié su cabecita contra mi pecho, mientras que la Molly, más orgullosa que yo, correteaba por toda la casa luciendo su hermosa prenda “bottomless”. Y la mamá Amanda le tomó la foto “*cover girl*” para patentar la moda “*bottomless*” en los Estados Unidos.

2

UNA SOMBRA ANGELICAL

Ayer por la tarde, al salir de casa después de una jornada agotadora ante la computadora, encontramos por el pasaje donde vivimos, una perrita que tenía algo de Cocker Spaniel, pero que no tenía su cola cortada como se acostumbra hacer con estos perritos finos cuando son cachorritos.

La perrita andaba cabizbaja y perdida. Nos llamó la atención que andara suelta por la calle, como perro sin dueño. Pero como somos vecinos nuevos en el vecindario, pensamos que quizás su dueño no estaría lejos. Así nos desentendimos del asunto y partimos en nuestro auto. Pero cuando mi pequeña Lili Ester y yo regresamos a casa al anoecer, volvimos a ver allí a la perrita, echadita en silencio junto a la reja del edificiodonde vivimos.

Lili observó su parecido con nuestra adorada Molly, y quiso acercársele para hacerle cariño.

Pero le dije:

—Mejor no, Lili; porque puede estar enferma. . .

* * *

Un perro de juguete como es el Cocker Spaniel, no puede estar fuera de casa y lejos de su dueño, porque se deprimen mucho. Consciente de esto, bajé del último piso del condominio donde vivimos, para ver si la perrita seguía allí afuera, junto a la reja.

Allí estaba echadita, inmóvil, pero esta vez con su quijada puesta sobre el frío piso de concreto, dirigiendo su mirada triste al ras del suelo.

Yo rogaba que alguien la pudiera reconocer. No me atrevía a prodigarle cariño por temor de que se nos pegara. Casualmente, cuando hace medio año nos mudamos a nuestro departamento actual en Alto Sopocachi, dejamos a nuestra perrita Molly en casa de los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso en Miraflores, porque no teníamos para ella un lugar adecuado en un edificio. Menos podríamos hacernos cargo de un perrito de la calle.

* * *

En la noche, Lili y su mamá salieron a visitar a una amiga. Y como tardaban en regresar, bajé de nuevo de nuestro *penthouse* y puse ante su boquita un plato de una rica sopa caliente con pedacitos de carne. Con eso pude aplacar un poco el dolor de mi conciencia.

Más tarde, cuando ya nos habíamos acostado, empezó a llover fuertemente, y no pude apartar mis pensamientos de aquella perrita perdida allí afuera. ¿Estaría enferma? ¿Tendría fuerzas para comer la sopa que le di? ¿Dónde se protegería de la lluvia? ¿La encontraríamos aun con vida al día siguiente?

Mientras pensaba en la perrita, no apartaba mi pensamiento de nuestra tierna Molly. ¡Qué sería de ella y de todos nosotros si se nos extraviara! ¡Qué sería de ella sin la cercanía

de Lili y de Jennifer, de Marcelo, de Jenny y de Edwin, y de los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso!

En realidad, Molly era de todos los que vivíamos en aquel condominio de Radio “Cruz del Sur”, o quizás diré que todos nosotros le pertenecíamos a Molly.

* * *

Hace pocos días la visitamos en el condominio, y estaba dormida en su casita pintada de rojo que le ha hecho Marcelo, y sobre la puertezuela decía lacónicamente MOLLY.

Pronto la visitaríamos de nuevo y le llevaríamos, como siempre, algunas golosinas. La bañaríamos y la perfumaríamos, y luego la sacaríamos a pasear al paraíso de los perros de raza en la Plaza Avaroa.

Por un tiempo, mi pequeña hija y yo seguimos frecuentando nuestro antiguo condominio para que Molly no se sintiera abandonada. Y en la madrugada de aquella noche de lluvia insistente y de pesar por la perrita que dejamos en la entrada de nuestro nuevo condominio, escucho a mi esposa, Amanda, hablar con alguien por teléfono.

Después se acerca a la cama y me dice con voz entrecortada:

—¡Moisés, la Jennifer acaba de llamar por teléfono y dice que la Molly se ha perdido anoche! Alguien en el condominio ha dejado la puerta entreabierto, y la Molly se ha salido a la calle. Después cerraron la puerta, sin saber que ella estaba afuera. Un vecino dice haberla visto junto a la puerta cerrada, pero no avisó a los abuelitos porque pensó que alguien la estaba cuidando. Hasta la medianoche, todos en la casa de los abuelitos estuvieron buscando y preguntando por la Molly, y no han logrado saber nada.

* * *

A nosotros nos llamaron al siguiente día, cuando habían agotado todos sus recursos de hallarla con bien.

La noticia fue muy dolorosa; yo la di de hecho por perdida. Amanda me dijo que nuestra Lili debía saberlo, y la despertamos para darle la amarga noticia. Yo no sabía cómo decirle, y su madre rompió el silencio y le dijo:

—Lilita, ya no hay Molly. . .

Ella abrió sus ojos desmedidamente y preguntó:

—¿Qué? ¿Por qué?

Cuando se levantó de la cama andaba cabizbaja.

Entonces la llamé a la sala y le pedí orar conmigo para que Dios, en su bondad, haya conducido a la perrita al hogar de alguna persona buena, que ame y entienda a los perritos, y que Molly encuentre allí un nuevo hogar.

Luego, Lili se alista de inmediato y vamos a la casa de Jennifer.

* * *

En la mañana todos nos pusimos a buscarla como lo habían hecho los hermanos de Jennifer en la noche anterior.

Buscamos por todos los rincones del Jardín Botánico, que queda a la vuelta de la esquina, y no la pudimos hallar.

Don Gregorio, que tiene su tienda de abarrotes a la vuelta de nuestra casa, escucha la triste noticia y mira a las niñas cuyas caritas están maltratadas por el llanto. Y todos respiramos una pesada atmósfera de impotencia y desesperación.

Lili no se desalienta y se pone a tocar los timbres de todas las casa para preguntar por Molly. Yo le sigo la corriente, y cubrimos varias manzanas del vecindario, preguntando a todos cuantos nos abrían y acariciando a los perros que nos salían a recibir.

Entre las personas conocidas nos acercamos a la cholita que nos vendía fruta antes de que nos mudáramos a Alto Sopocachi, y a quien le seguimos comprando a pesar de que vivimos en otra zona de la ciudad. Cada vez que visitábamos a Molly nos acercábamos a ella para comprarle fruta. Ella mira la foto de Molly en los brazos de Lili, y llena de tristeza nos dice:

—¡Qué linda era tu perrita! ¿Habrá tenido ya más de un año?

Después me mira a mí y me dice desconsolada:

—Ahora que ya no está tu perrita, quizás ya no vendrás por acá para comprarme fruta. . .

* * *

Cansados de caminar por las calles y avenidas, hemos vuelto a casa, Le hemos pedido a Dios que la haya conducido a un buen hogar, a gente que la ame y la cuide como nosotros. Y de paso he aprovechado la oportunidad para aconsejarle a mi pequeña hija, que ahora tiene diez años de edad:

—Tú, hijita, nunca te escapes de la casa. Quizás alguna vez, cuando estés entrando en la adolescencia, se te ocurra hacer eso en un momento de despecho y rencor, para hacernos sufrir. Que esto te sirva de lección, porque si se pierde una niña, eso duele mil veces más que cuando se nos pierde una perrita. Que lo ocurrido con la Molly nos sirva a todos de lección.

Y Lili responde comedida:

—¡Te lo prometo, papá! Y también te prometo que de todas maneras voy a ensayar la Marcha Nupcial en el piano, a perfección, aunque ya no se realice la boda de la Molly con el Pochito Vacaflor.

Y le digo:

—Yo también te prometo que ahora mismo me siento a la computadora hasta terminar de escribir la historia que te prometí escribir: La historia de nuestra amada Molly.

* * *

Acto seguido me pongo a escribir esta historia. Es difícil hacerlo en circunstancias normales, y más aún agobiado con una sobrecarga de dolor. Pero le he prometido a mi hija, y tengo que hacerlo ahora, cuando todos los detalles están frescos. Postergarlo será peor.

Todo el resto del día, hasta el anochecer, me pasé escribiendo esta historia. Y en este preciso momento cuando acabo de escribirla, tengo mi alma extrañadamente tranquila, como si el ejercicio literario la hubiera aliviado de su peso.

Mi Lili ha salido con su mamá; se han ido a la peluquería, porque esta noche tiene que modelar en un evento infantil en el Centro Cultural Boliviano Japonés. Me pregunto cómo le irá a mi pequeña en medio de estas circunstancias tan dolorosas. . .

Entonces suena el teléfono.

Es Jennifer, y a diferencia de otras veces, me pide de frente que le pase con Lili.

Me dice:

—¿Don Moisés? Soy Jennifer. ¡La Molly ya apareció! Una señorita que vive en la Avenida Argentina ha salido anoche a pasear a su perrito Cocker Spaniel, y la ha encontrado a la Molly perdida en la Plaza Triangular. Después de preguntar en vano en la vecindad si alguien había perdido a la perrita, ella la ha llevado a su casa y la Molly ha pasado allí la noche. Al día siguiente ella ha andado por todas las casas, tiendas y farmacias, preguntando si sabían de una perrita que se ha perdido. También entró a la tienda de don Gregorio Gadier, y él dijo que nosotros habíamos perdido a nuestra perrita, y le mostró dónde vivimos. Pero como no escuchamos cuando ella tocó a la puerta, se volvió a su casa. Pero la Sra. Elena Villegas, la dueña de Leo, el amigo de nuestra Molly, nos llamó desde la ventana que da a nuestro patio interior. Así fue como Marcelo se enteró y corrió tras la señorita y encontró a la Molly en su casa.

Le digo:

—¡Gracias a Dios! La Lili no está ahorita en casa, pero yo quiero conocer a esta señorita, porque quiero compartir con ella la historia que acabo de escribir.

Jennifer responde: —Pero tendrá que ser ahorita, porque ella dice que esta misma noche parte para los Estados Unidos. Por eso tenía prisa por volver a su casa y no insistió en tocar en nuestra puerta.

* * *

Después de escribir estas últimas líneas de mi conversación con Jennifer, imprimo la historia para llevarla de inmediato a la casa de la señorita. Y cuando estoy saliendo de nuestro departamento, llegan Lili y su mamá, y les digo que había acabo de escribir mi última historia acerca de Molly. Entonces les ruego que dejen que les lea el párrafo final.

Ellas están impacientes, pero yo insisto.

Entonces mi esposa, Amanda, me dice:

—Ya me has leído la historia; así que léeme sólo el párrafo final.

Y les leo: “Entonces suena el teléfono y Jennifer me dice: ‘¿Don Moisés? Soy Jennifer. ¡La Molly ya apareció! Una señorita que vive en la Avenida Argentina ha salido anoche a pasear a su perrito Cocker Spaniel, y ha encontrado a la Molly perdida por la Plaza Triangular.’”

Lili y Amanda saltan y gritan de alegría, más fuerte que cuando Bolivia mete gol:

—¡Apareció! ¡La Molly apareció!

* * *

Como Lili seguía con sus preparativos para su noche de modelaje, yo solo tomé un taxi y acudí a ver a la Molly. Luego Marcelo me llevó a la casa de la Srta. Fabiola Crespo, que había encontrado a nuestra perrita. Ella nos recibe con gran amabilidad y nos cuenta con más exactitud lo ocurrido:

Anoche, cuando regresaba a casa de la universidad, yo estaba cruzando la pista para salir de la Plaza Triangular, acelerando mis pasos, porque ya caían grandes gotas de lluvia y el cielo amenazaba con una fuerte descarga.

De pronto un auto se detuvo detrás de mí para darme tiempo para acabar de cruzar, y las luces poderosas de sus faros proyectaron mi sombra a varios metros hasta cubrir a una perrita Cocker Spaniel que temblaba de miedo.

Me llamó la atención que no tuviera cadena, ni que su dueño estuviera cerca. Estaba muy nerviosa y asustada, por lo que la levanté en mis brazos y la traje a mi casa, porque amenazaba caer una tormenta.

Le diré que Molly es toda una dama. No ha llorado ni ha exteriorizado su miedo; ha comido lo que le di y ha hecho sus necesidades afuera en el patio, pues es muy limpia y bien educada. Toda la noche se la pasó jugando con este juguete que pertenece a mi perrito Cocker Spaniel, que estamos dejando con unos familiares, porque mañana parto para Estados Unidos.

* * *

Molly, que estaba en mis brazos, parece darse cuenta que toda la conversación estaba centrada en ella.

Después de conversar con la Srta. Fabiola, fuimos de nuevo a la casa de los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso, para que Molly se quedara con ellos. En el camino, Marcelo, el nieto de ellos me cuenta que antes de entregarle a Molly, ella le había pedido que le mostrara una foto de la perrita y los avisos que había puesto en la radio y en la televisión, todo lo cual Marcelo llevaba consigo en el bolsillo de su chamarra. Pero sobre todo, la alegría con que Molly se avalanzó sobre el pecho de Marcelo, al verlo en la casa de la señorita Fabiola, fue la mejor prueba de que Molly era nuestra perrita. Por eso él volvió de inmediato a casa con su Molly en sus brazos.

* * *

Hoy, 19 de diciembre, alcancé a entregar a la Srta. Fabiola Crespo una copia de esta historia de Molly, junto con la primera historia que escribí acerca de ella, intitulada “Molly Bottomless”.

También le obsequié una Biblia Científica RVA como regalo de Navidad; esta es la Biblia que yo he editado en los Estados Unidos. Y a cambio, ella me dio para Molly el juguete con que se había entretenido jugando en su casa la noche anterior.

Me dijo:

—Este juguete es de mi perrito Cocker Spaniel que estoy dejando en casa de mis familiares. Por alguna razón se quedó aquí cuando nuestro perrito fue llevado a su nuevo hogar. Yo se la di a Molly, y ella se ha encariñado mucho con el juguete, y ha jugado con él toda la noche. Quisiera que este juguete sea para ella.

* * *

La alegría ha invadido a todos, pues a raíz de esta experiencia Molly se ha convertido en la chica más popular y querida de todo el vecindario.

Lily y yo hemos acudido sin demora para agradecerle a don Gregorio, a doña Elena Villegas y de manera especial a este ángel de la guarda que es Fabiolita Crespo, cuya sombra angelical se proyectó sobre Molly para protegerla.

Entonces le digo a Lili y a Amanda:

—Esta historia es el argumento más convincente de que Dios sí se preocupa de los perritos, y les da de comer de su mano. Como dice Olguita: “Si existen niños y perros callejeros es por culpa nuestra; eso no es culpa de Dios.”

Y Amanda concluye:

—Lo que ha ocurrido demuestra que los perritos también tienen su Ángel de la Guarda!

3

MI PRIMERA LECCION DE OFTALMOLOGIA

El jueves 1ro. de noviembre, con tres meses de anticipación para mi viaje a Lima para el curso que dictaría en la Universidad CBUP, me dispuse a preparar todo lo concerniente a mi tema.

Lo primero que hice antes de sentarme a trabajar en la computadora fue atender a mi aseo personal. Con gran alegría me afeitó y luego me pongo a limpiar los cristales de mis lentes. Pero hice algo de presión sobre el marco, y se rompió.

Lo pegué provisionalmente con la Gotita Popsipol y proseguí con mi trabajo. Al medio día mi esposa me habría de llevar a una óptica en el centro de la ciudad, para montar los lentes en un nuevo marco. Así fuimos a parar en la que parecía mejor surtida y elegante, la Optica Chanchinfú, y pagamos los 100 bolivianos que costaba el marco. Se nos dijo que tardarían dos horas para el trabajo.

* * *

En ese preciso momento empezó mi tortura: La empleada de la óptica echó sobre los cristales un *spray* y empezó a fregarlos con un trapo.

Le dije:

—Por favor, tenga cuidado, porque son de resina; no son de cristal.

No había necesidad de hacer esto antes de entregarlos al taller.

Entonces me di cuenta de que quienes trabajan en las ópticas tienen una especie de tic nervioso con el trapo: A cada momento están limpiando afiebradamente los cristales de los lentes, aun cuando están limpios.

Quizás eso no habría llamado tanto mi atención si los lentes fueran de cristal; pero en la actualidad la mayoría son de resina y restregarlos con violencia los echa a perder.

Después de hacer esta advertencia, mi esposa y yo fuimos a tomar un café por allí cerca hasta que pasaran dos horas.

* * *

Después de dos horas regresamos a la óptica. Y al verme el empleado del taller, se acercó para entregarme los lentes, restregándolos de nuevo con fuerza mientras caminaba hacia mí.

La cajera los tomó de sus manos para ponerlos en un estuche, pero antes de entregármelos volvió a someterlos al *spray* y al trapo, a mirar a través, y a restregarlos de nuevo con apasionamiento.

Cuando me puse los lentes al salir de la óptica, mis ojos parecían saltar de sus órbitas. En la calle parecía ver fuegos artificiales en pleno día. ¿Cómo era posible que con mis lentes con los que en la mañana veía bien, ahora veía nebulosas, rayos y resplandores?

Cuando llegamos a casa, fui al baño a limpiar las gotas de líquido que habían quedado impregnadas en los lentes a pesar de tanto frotamiento, y me di cuenta que dichas gotas ahora eran una marca permanente sobre ellos.

* * *

No pude trabajar en la computadora. Para mirar lo que escribía tenía que evitar con movimientos sensuales de mi cuello las nebulosas y los resplandores, lo cual me ocasionaba mucho dolor. Mis lentes que por años había cuidado con cariño habían sido estropeados en un santiamén en la Optica Chanchinfú.

Quise volver a la óptica para hacer mi reclamo. ¡Cómo es posible que el personal profesional de una óptica no pueda distinguir los lentes de resina de los de cristal! Pero mi esposa me convenció que mejor nos fuéramos a un buen oftalmólogo para que me recetara lentes nuevos. Así aprovecharíamos para escoger un marco hermoso y de moda. Ella quería que yo luciera más joven y sexy con mis nuevos lentes, y nuestra pequeña hija le daba en todo la razón.

Para satisfacerlas a ambas, y como ya era sábado, hicimos planes para ir al oftalmólogo el lunes 5 de noviembre. Mi esposa me llevaría al oftalmólogo de más prestigio en La Paz.

* * *

El Dr. Joel Moya me atendió con gran eficiencia. Me dio la grata noticia de que mi visión no se había deteriorado mucho en años, y que los nuevos lentes eran ligeramente más fuertes. Al despedirnos, me dijo:

—Pida que los lentes sean “Varilux”, para ampliar el radio de la visión.

Luego me preguntó:

—¿Conoce alguna óptica a donde acudir?

Le respondí:

—Justamente, eso quería preguntarle. ¿Tiene usted alguna que me recomiende?

El dijo:

—¡Por supuesto! Pídale a la secretaria la tarjeta con la dirección. Está cerca de aquí y se puede llegar caminando.

La secretaria nos dio una de las tarjetas “ecológicas” de la Optica “Coca”, y como estaba a unas pocas cuerdas del consultorio del Dr. Moya, fuimos de inmediato allá.

* * *

Escogimos el marco; nos gustó mucho el modelo. El nuevo marco más los cristales costarían, “con descuento especial”, 1.100 bolivianos. Incluyendo todos los gastos, el chiste ascendía a 1,300 bolivianos (unos 200 dólares), porque escogimos lo mejor: Lentes multifocales Varilux Comfort Fotocromáticos, que regulan automáticamente la protección de la visión en la sombra y en el sol.

Estábamos alegres, sobre todo mi esposa y mi hija, ansiosas de verme más joven y más sexy que de costumbre.

De mil amores nos atendió Paolita, la empleada de la óptica. Nos dijo que mis lentes estarían listos dentro de sólo cinco días, y aunque nos pareció mucho tiempo, aceptamos. El número de días que yo tendría que andar tonteando por allí con mis lentes lijados en la Optica Chanchinfú serían solamente nueve. Durante esos días me di una vacacioncita y me olvidé de mi trabajo en la computadora.

* * *

El viernes 9 de noviembre me entregaron mis lentes nuevos, y quedé admirado de que con la medición tan buena que me hiciera el Dr. Moya, yo no pudiera ver de lejos tan bien como con mis lentes lijados.

Regresamos al Dr. Moya para que los revisara, pero nos encontramos con que él no vendría a su consultorio esa tarde, pues estaba en el quirófano, operando a un paciente. Yo me esforzaría para acostumbrarme a los nuevos lentes durante el fin de semana, para acudir de nuevo a su consultorio el lunes 12 a las 11 de la mañana, como me indicara su secretaria.

Todo el fin de semana lo pasé con alta presión, dolor de ojos y ganas de vomitar a causa de los lentes nuevos. Como ya no pude tolerarlos más después de dos días, el lunes tuve que volver a usar mis lentes lijados.

En la mañana del lunes 12 metí mis lentes nuevos en su estuche y los llevé al Dr. Moya para su revisión. Pero me encontré con el consultorio desierto. La secretaria me dijo que de nuevo estaba en el quirófano, y que volviera en la tarde, a partir de las 5.

Fui a las 5 de la tarde, como siempre acompañado de mi esposa y de mi pequeña hija Lili Ester. El Dr. Moya nos recibió con amabilidad y le conté todo lo que había sufrido.

El examinó los lentes y me dijo:

—Vuelva a la óptica y dígales que el ojo derecho está mal.

Le pedí que lo indicara por escrito, pero me dijo:

—No es necesario. Dígales allá lo mismo que me ha dicho a mí.

* * *

Fuimos de nuevo a la Optica “Coca”.

Esta vez tuvimos el privilegio de ser atendidos personalmente por la Dra. Coca, la dueña de la óptica.

Ella escribió una nota en un pedazo de papel, e incluyéndola al lado de los lentes, los puso en una caja para que fueran llevados al taller para ser corregidos por “Panchito”. Luego me indicó que los lentes estarían listos al día siguiente, el martes 13.

* * *

El martes 13 volvimos por cuarta vez a la óptica, y me atendió de nuevo la Dra. Coca, que me entregó los lentes.

Cuando me puse los lentes corregidos, no podía ver de cerca; no podía leer ni una sola línea. Cuando se lo dije, me quiso hacer creer que eso era perfectamente normal. Entonces le dije:

—Cuando el Dr. Moya me hizo leer de cerca con sus lentes puede ver con nitidez.

Ella insistía que los lentes estaban bien y que luego me acostumbraría a ellos.

Algo molesta, porque yo insistía en que no podía leer el aviso que estaba escrito sobre el mostrador, dijo:

—El teclado de la computadora está a más baja altura que el mostrador —pues yo le había dicho que requiero ver bien para trabajar en la computadora—.

Algunos de los clientes que esperaban ser atendidos movían la cabeza de asombro de que ella me dijera que veo, cuando yo no veía.

* * *

Me entregó los lentes en su respectivo estuche, y volvimos a casa. Yo traté de acostumbrarme a ellos para atender mi trabajo acumulado, y encontré con que no podía leer nada en el monitor, y lo que era peor, no podía ver el teclado ni mis dedos.

Como el trabajo apremiaba, tuve que forzar mi vista con mucho dolor. Para ver el monitor y el teclado tenía que empujar mi silla metro y medio atrás, y adelantarla de nuevo a la posición normal, porque lamentablemente yo no soy elástico y mis brazos no se podían estirar como los del Hombre de Goma. Mis sienes me dolían, mi corazón palpitaba fuertemente, mi presión subió al extremo hasta afectarme la respiración, y tenía ganas de vomitar. Aun en medio del sueño y con los ojos cerrados no me libraba de la presión, y veía diablos azules por todos lados.

* * *

El miércoles 14 volvimos de nuevo al Dr. Moya y le referí lo ocurrido.

El doctor examinó los lentes con cuidado y los comparó con mis lentes lijados. Luego me midió de nuevo la vista, y me pidió que yo mismo hiciera girar con mi dedo el lente que había pegado a mis ojos, y me dijo:

—Usted mismo dígame dónde ve mejor.

Le dije:

—Aquí veo con toda intensidad.

Y me dijo:

—Esa es la medida que yo le he dado. —Y añadió— En los lentes que le han hecho hay un error en la medida media y en la medida de distancia, y la medida de cerca no la puedo encontrar para nada. Simplemente, no hay; por eso usted no puede leer de cerca.

Me dijo, además:

—Ahorita he llamado a la doctora, pero no responde. Por favor, entréguele esta nota.

* * *

Regresamos a la Optica “Coca” por quinta vez, y la doctora nos atendió personalmente. Estaba sola y se mostró amable. Nos dijo que el teléfono había sonado, pero que no pudo responder en ese momento.

Recibió la nota del Dr. Moya, que decía: “Apreciada doctora: Una medida es correcta, pero en el lente que le diste al ojo derecho le falta algo. En la adición de cerca no encuentro mis medidas. Atentamente, Dr. Moya.”

La doctora, con mucha amabilidad nos dijo que eso se corregiría para el día siguiente, jueves 15, y que regresara a las 6 de la tarde.

Mi esposa aprovechó para hacerse también unos lentes para leer de cerca, y la doctora nos dijo que los lentes de ella y los míos estarían listos al día siguiente a la misma hora.

* * *

Al día siguiente, jueves 15, fuimos a la Optica “Coca” por sexta vez. Yo tenía gran expectativa de poder volver a ver bien y poder trabajar. Pero Paolita, la empleada, ni me miraba la cara, a pesar de que nosotros ya éramos viejos clientes.

La Dra. Coca tampoco me miraba, y cuando la saludé con una tierna guiñada, para ver si me miraba, no me miró ni me respondió. Luego, siempre esquivándose, se marchó de la óptica dejando sola a Paolita.

El movimiento ágil de su cadera pasó de largo mi nariz a la entrada de la óptica, donde yo esperaba sentado mi turno al final.

Por fin, cuando toda la gente fue atendida, quedamos solos mi esposa y yo. Entonces Paolita atendió a mi esposa, pero no a mí. Yo estaba de pie, aguardando en silencio. A mí ni me miraba la cara.

Mi esposa le preguntó:

—¿Y los lentes de mi esposo?

Y ella respondió con otra pregunta:

—¿La doctora no les dijo nada?

Como el paciente era yo, dije:

—¿No ve que ella salió esquivando mi saludo?

* * *

Paolita optó por hablar sólo a mi esposa, y no a mí.

Le dijo:

—Los lentes de él no están. La doctora dice que como el Dr. Moya se ha equivocado de nuevo en la medida, a él le corresponde pagar la mitad de los nuevos cristales. Mientras él no pague. . .

Entonces se dirigió a mí directamente, y dijo:

—¡No hay lentes!

De nuevo fuimos al Dr. Moya, y le contamos lo que nos había dicho Paolita. Y él, con la calma y bondad que refleja su alma limpia, nos dijo:

—Yo he hablado con la doctora esta tarde sobre el caso suyo. No se preocupe; ellos le van a atender bien. Ellos van a hacer un buen trabajo, y de nuevo usted me trae de los lentes para que yo los revise.

Yo le dije:

—En realidad me avergüenza el maltrato que estoy recibiendo. Si se tratara de pantalones o de zapatos, yo no hubiera regresado. ¡Pero se trata de mis ojos! ¡Se trata de mi vida!

El doctor me calmó diciendo:

—Yo le aseguro que todo va a salir bien. Vuelva ahora a la óptica para que le fijen la fecha en que recogerá sus lentes de manera definitiva. Mientras usted va allá, yo llamaré a Paolita, ya que la doctora ha salido de la óptica por algún compromiso.

* * *

Regresamos a la Optica “Coca” por séptima vez y le dijimos a Paolita lo que había dicho el doctor. Y añadí:

—El Dr. Moya quiere que me digan cuándo vendré a recoger los lentes de manera definitiva.

Paolita intentaba no dejarme hablar. Entonces le dije:

—¡Por favor, reconozca el derecho que me asiste a reclamar!

Y me quejé de que la doctora saliera el otro día de la óptica evitando mirarme y sin contestar mi saludo:

—Esto no es solamente *medical malpractice*, sino también mala educación.

Le dije que si no tendrían los lentes corregidos en la nueva fecha indicada, yo tendría que hacer una denuncia por mala práctica médica.

Y Paolita me dijo con aire amenazador:

—¡No amenace!

Le dije que yo había tenido la precaución de hacer fotocopia de todos los papeles (las recetas y la nota que el Dr. Moya enviara a la Dra. Coca) y que una demanda judicial no les iba a costar “la mitad del costo de los nuevos cristales” que ellas querían hacerle pagar al Dr. Moya, su benefactor que nos había recomendado sus servicios.

Me dijo:

—Usted es la única persona que se ha quejado de nosotros.

Evidentemente, muchas personas humildes se amedrentan ante tal audacia y maltrato. ¡Cuánta gente recibirá un trabajo mal hecho, sin reclamar! ¡Qué delicado es atender contra la visión y la vida de los seres humanos y de los animales!

Me fijó la fecha para recoger los lentes: Dentro de una semana más, el miércoles 21 de noviembre.

* * *

En la fecha indicada volvimos por octava vez a la Optica “Coca”, y cuando llegó mi turno, le dije a Paolita:

—Vengo por los lentes; ya ha transcurrido una semana.

Entonces la Dra. Coca me dirigió por fin la palabra y dijo:

—¿Qué es lo que acordaron con Panchito?

Panchito, a quien jamás he visto, se supone que está a cargo del taller de la óptica. El no suele estar en la recepción, de modo que nada tenía que acordar conmigo. Pero Paolita había dicho que él había fijado la fecha para el 21 de noviembre. De modo que respondí:

—Paolita dijo que él ha dicho para ahora, 21 de noviembre.

Ellas sacaron los lentes de una caja e hicieron que me los probara. Estaban igual que antes, porque en realidad durante toda la semana no habían hecho nada para corregir los cristales. De modo que la pregunta de la doctora con respecto a Panchito era similar a la de Paolita con respecto a la doctora: “¿La doctora no les dijo nada?”

* * *

Como yo insistía que con esos lentes no veía bien, la doctora salió puertas afuera y me dijo que la siguiera a la calle, seguramente para que no nos escucharan los clientes que estaban apiñados ante el mostrador. Y me dijo:

—Voy a llevarle ahorita mismo en un taxi a otro oculista que le va a medir su vista en computadora, y de ese modo le voy a demostrar que las medidas del Dr. Moya están mal. Yo no puedo hacer nuevos cristales con la misma medida estipulada en la receta del Dr. Moya.

De ninguna manera acepté que me llevara a consultar, díqué, a otro oculista. Podría tratarse de una trampa, u otro oculista o pseudo oculista podría, de acuerdo con ella, decir que los lentes estaban okey. Así, ella se escaparía de su responsabilidad, obligándome a aceptar los lentes incorrectos.

Insistí que fuéramos a ver al mismo Dr. Moya, y estando ella fuera de su tienda, no pudo convencerme de otra cosa.

Bajamos a pie y llegamos al consultorio del Dr. Moya, y él procedió a medirme la vista por tercera vez en presencia de ella, ¡y también esta vez sus medidas probaron ser correctas!

La Dra. Coca seguía insistiendo que para poder ver bien de cerca debería poner el libro en un determinado ángulo y distancia. Y en presencia del doctor le dije:

—Ponga usted misma delante de mí el texto, como le parezca correcto, para que yo lea con los lentes que me ha hecho.

Ella lo puso a la distancia y en el ángulo que juzgaba correcto, y le respondí:

—No veo nada.

Ella dijo:

—Lo que pasa es que usted solamente se ha puesto los lentes dos minutos y luego se los ha sacado. Así no ha podido darle la oportunidad a sus ojos de acostumbrarse a los nuevos lentes.

Yo le respondí:

—Los he usado todo el tiempo, y he vomitado, he tenido dolor de sienes y palpitación del corazón.

* * *

La Dra. Coca se comprometió a hacer nuevos lentes, y cuando nos despedimos en la plaza San Francisco, le dije:

—Supongo que usted usará nuevos cristales para los nuevos lentes.

Ella respondió, sin disimular su indignación:

—¡Nosotros no usamos nuevos cristales! Nosotros hacemos todas las correcciones sobre los mismos cristales.

Entonces me di cuenta que era cuento eso de querer hacerle pagar al Dr. Moya “por los nuevos cristales”.

La Dra. Fijó la nueva fecha en que yo recogería los lentes: El viernes 23 de noviembre, a escasos 20 días después de iniciado el servicio de la Optica “Coca” y a 23 días después de que me lijaron mis lentes anteriores en la Optica Chanchinfú.

* * *

El viernes 23 de noviembre fuimos a la Optica “Coca” por vez novena.

Esta vez los lentes estuvieron peor que las veces anteriores. Cuando dije que no veía ni de cerca, ni de lejos, la Dra. Coca me dijo:

—Esta vez los lentes han sido probados por tres oftalmólogos, y todos aseguran que están bien. ¡Son las medidas del Dr. Moya las que están mal!

Esta vez, delante de los demás clientes se le ocurrió ridiculizarme imitándome, dizqué, cómo es que yo miro: Moviendo mis caderas al estilo de la Shakira cuando canta el tema “Ojos así”, y moviendo mi cabeza al estilo de la Pantera Rosa.

Además, me acusó de haber tratado irrespetuosamente a su fiel empleada, Paolita, esa chica ojona que no me dejaba hablar, la misma que dijo: “Si el Dr. Moya no paga la mitad de los nuevos cristales, ¡no hay lentes!”

* * *

Ante el asombro de sus clientes, la Dra. Coca seguía afirmando que era normal que yo no pudiera ver lo que estaba escrito sobre el mostrador de la óptica con letras de tres milímetros cada una.

De nuevo le dije:

—Usted misma ponga lo que quiera que vea en la posición y en la distancia que cree que es la correcta.

Ella no pudo negarse a hacer eso delante del público, y cuando lo hizo, de nuevo le dije:

—No veo nada.

Le dije, además:

—Si ustedes no pueden hacer los lentes correctos, tendrán que devolverme el dinero para que yo vaya a otra óptica.

Ella respondió ante toda la gente maravillada:

—¡Yo no le voy a devolver ningún dinero!

Le dije:

—Está bien; pero le aseguro que usted va a volver a escuchar de mí.

* * *

Mi esposa y yo volvimos al consultorio del Dr. Moya, y él me preguntó qué tal estaban los lentes esta vez. Yo le respondí:

—Ahora están peor que antes; ya no veo ni de lejos ni de cerca.

El los examinó, emitió un sonido dentilabial de asombro, y dijo:

—Usted tiene razón. ¡Ahora están peor que los anteriores!

Le dije:

—A pesar de haber sido revisados por tres oftalmólogos que han decidido en contra de usted.

Por supuesto, yo no me había tragado el cuento de los tres oftalmólogos coqueros.

Entonces el Dr. Moya llamó a la Dra. Coca y le dijo:

—Los lentes están peor que antes. El eje, según la receta, es de 175 grados, y ustedes lo han hecho de 75 grados. . .

Como la Dra. Coca discutía con él igual que conmigo, el oculista suspiró hastiado.

Entonces intervino mi esposa y le dijo:

—Por favor, doctor, ya no queremos volver a la Optica Coca, porque la doctora ha hecho escarnio de mi esposo delante de la gente. . . Preferimos recoger los lentes aquí en su consultorio una vez que sean corregidos y revisados.

El doctor aceptó hacerse cargo él mismo, y tomó el número de nuestro teléfono para avisarme cuando estuvieran listos.

* * *

El sábado 24 convencí a mi esposa que me acompañara a la Casa de Regalones “Champion”, para comprarle a nuestra pequeña Lili Ester la perrita del cual se había enamorado perdidamente, y yo también. Esa perrita sería su único regalo de Navidad; así lo había decidido Lili.

Se trataba de una Cocker Spaniel, a la cual le pondríamos el nombre de “Molly O”, por la niña de ocho años, cantautora de música rock y creadora del tema musical “las chicas crean; los hombres babea”, en los dibujos animados de Nickelodeon.

Jugar con nuestro nuevo cachorrito y ver su tierna e inocente carita y sus ojos inocentes me ha hecho olvidar el rostro zahiriente de la Dra. Coca y de su empleada Paolita, y lograron devolverme la paz.

Todo el fin de semana nos pasamos jugando con la Molly en nuestro condominio que posee un amplio patio cercado de rosas y sembrado de grass. En el centro ha crecido un pino esbelto que cada año decoramos con luces de colores como arbolito de Navidad. Alrededor del mismo corríamos perseguidos por nuestro nuevo juguete viviente.

Créeme que me había olvidado casi por completo de la Dra. Coca y de la simpática ojona de Paolita. Inclusive había pensado en no volver más por los lentes, sino esperar mi viaje a Lima para mandarlos hacer allí. En cuanto a la plata, pues haría la cuenta de que había sido bolsiqueado, como en cualquier otro lugar. De este modo, la vida continúa y la dicha de vivir también.

* * *

El martes 27 de noviembre me llamó la secretaria del Dr. Moya y me dijo que fuera a recoger los lentes el miércoles 28 a las 6 de la tarde.

La noticia me ocasionó nerviosismo en lugar de alegría, y no se lo conté a mi esposa. Yo iría a recoger los lentes, y si estuvieran mal, simplemente esperarí para mandarlos hacer en Lima. El dinero perdido no debería afectar mi paz y mi alegría de vivir.

En la mañana del miércoles 28 de noviembre mi esposa me preguntó si había recibido alguna llamada de parte del Dr. Moya, y no pude sino confesarle que sí me habían llamado el día anterior.

Llegada la hora de ir a su consultorio, le dije a mi mujer:

—Yo voy a recoger los lentes. No me los probaré allí mismo. Sólo los traeré como están. Si estuvieran mal, tendré paciencia hasta mi viaje a Lima, y allí los haré en la misma óptica en que me hicieron los lentes anteriores en un par de días.

* * *

Lili Ester se ofreció a acompañarme, y tomamos un taxi.

Tenía mucho nerviosismo. Anhelaba que fuera la secretaria del Dr. Moya quien me diera los lentes. Pero al poco rato de mi llegada se abrió la puerta del consultorio y el doctor en persona salió a saludarme de una manera muy familiar. Luego sacó los lentes y me los entregó. Quiso hacerme pasar a su consultorio para que me los probara, pero le dije:

—No es necesario, doctor. Si usted los ha revisado y dice que están bien, eso me basta.

El doctor no insistió, y me despedí agradecido.

No me puse los lentes en el camino

Al llegar a casa, mi esposa me pidió que me los probara, y esperó con visible impaciencia. Cuando me dispuse a ponérmelos, ella y nuestra niña pequeña esperaban con visible nerviosismo, porque ésta era la décima vez que había ido por mis lentes, aparte de otras veces que fui al oculista para su revisión.

Y dije:

—¡Los lentes están bien!

Miré de lejos, miré de cerca, y de nuevo de lejos. Luego miré el texto de mi Biblia Científica RVA, la Edición de Bolsillo, y veía con claridad e intensidad aun las minúsculas notas de pie de página. Mis ojos experimentaron un súbito descanso.

Entonces les pedí a mi esposa y a mi pequeña que diéramos gracias a Dios, allí mismo, de pie en medio de la sala. Lili pidió que en nuestro pequeño círculo familiar fuera incluida también nuestra Molly, y la levantó en sus brazos. Los cuatro nos tomamos de las manos y dimos gracias a Dios.

Acto seguido, llamamos al consultorio del Dr. Moya para informarle de nuestra alegría.

* * *

Pero al día siguiente. . .

Al día siguiente, ya a la luz del sol, resulta que los nuevos lentes no eran, conforme al contrato y al pago, ni Variluz, ni Confort, ni Fotocromáticos. Eran cristales comunes y corrientes. Evidentemente, la Dra. Coca no conocía las palabras que dicen: “No hay nada que se pueda esconder de la luz del Sol.”

Mi esposa llamó por teléfono a la Optica Coca, y respondió Paolita.

Mi esposa le dijo:

—Soy la esposa del Dr. Moisés Chávez, y quiero consultarle sobre los lentes que ustedes le han hecho.

Ella respondió:

—¿Moisés Chávez? ¿Moisés Chávez? ¿Moisés Chávez? La verdad, no recuerdo quién es.

Mi esposa le hizo recordar:

—¿Se acuerda de sus lentes multifocales Varilux Confort Photochromatic, recomendados por el Dr. Moya?

—Ah, sí.

Mi esposa continuó:

—Nosotros hemos pagado por lentes Varilux Confort Fotocromáticos, y los lentes que ustedes nos han entregado finalmente no son ni Varilux ni Confort ni Fotocromáticos, sino cristales comunes y corrientes.

Ella le respondió a mi esposa, como siempre, con su estilo tan inteligente:

—¿Está usted segura que no son fotocromáticos?

Paolita le pasó el teléfono a la Dra. Coca, y mi esposa le dijo:

—Doctora, nosotros hemos pagado por lentes Varilux Confort Fotocromáticos, y resulta que los cristales que ustedes han usado son corrientes.

¡Guau!

La pobre Dra. Coca no pudo salir del impase, y balbuceó así:

—E-E-E-Esos lentes son tan sólo de prueba, pero no le puedo explicar por teléfono. Llámeme al Dr. Moya; él le va a explicar. . .

Y colgó el teléfono.

Pero la verdad es que a mí no me interesaba insistir más. Mi esposa sólo quería darle un último coleroncito a la Dra. Coca y a su empleada Paolita. ¡De veras que nos habíamos acostumbrado tanto a ellas dos, que lejos de ellas sentíamos que nos faltaba un no sé qué!

* * *

Aquel mismo día, después de almorzar, fuimos al Hospital de la Mujer a visitar a una amiga que acababa de dar a luz. Y en camino de regreso a casa cortamos camino y pasamos frente al Instituto Nacional de Oftalmología.

De repente, leo en el área del parqueo un nombre que se me había hecho familiar: Dr. Joel Moya. Y le digo a mi esposa:

—¡Mira el nombre de nuestro oculista!

Y me responde:

—En esta institución trabajan los mejores oftalmólogos de Bolivia, y él es el principal.

De veras, quedamos agradecidos al Dr. Moya, pero lamentamos todos los inconvenientes que les habíamos ocasionado a la Dra. Coca y a Paolita.

Cuando reclamamos un derecho, antes que exhibir un espíritu conflictivo que acarree úlceras y hemorroides en el culo, pensamos más bien en tantos inditos abusados en Bolivia que no saben ni pueden reclamar, pues tras ser abusados son humillados y hasta metidos en la cárcel.

En ningún momento había pensado contratar un abogado, y menos acudir a la Policía Técnica Judicial, porque podrían haber resultado inoperantes. En otros países los médicos tendrían pánico de estar involucrados en un caso de mala práctica profesional tan bien documentada como el nuestro. Nada sacaría, pues, con un juicio por oftalmicidio y pérdida de un mes de trabajo.

* * *

Esta historia que estás leyendo es la última que he escrito con mis lentes lijados en la Optica Chanchinfú. Y mientras le doy los toques finales estrenando lentes nuevos, escucho en el cuarto de juegos de nuestra hija, risas, llanto y crujir de dientes.

Ella y sus amiguitos Jennifer, Carla y el diminuto Jaimito a quien de cariño le llamamos “Memo”, se han encerrado en el cuarto juntos con la Molly, han trancado la puerta y han puesto el cartelito de siempre: ¡NO MOLESTAR!

La bulla y el escándalo que han armado son mayúsculos, y se escuchan sus consignas:

¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!

Todo el pandemonio se complica con los gritos y ladridos desesperados de la Molly, de menos de tres meses de edad.

De todas maneras me dirijo al cuarto para ver qué diablos pasa con la pobre perrita, y por qué la torturan tanto.

Justo en mis narices se abre bruscamente la puerta, y las niñas sacan a la Molly de las orejas y a empellones, y le cierran la puerta detrás de sí.

Molly se desespera por volver a entrar, y ante la dureza de los niños, se pone a llorar junto a la puerta cerrada peor que la Chilindrina.

Me pongo severo, y les digo:

—¿Qué es lo que pasa aquí, ah? ¿Por qué la han botado a la Molly?

Lili responde:

—Es que no nos deja jugar en paz, pa. ¿No ves cómo nos ladra y nos muerde?

Le digo:

—¿Y a este escándalo llamas “juego”? ¿Qué juego puede ser?

Y el pequeño Memo me responde, todo desubicado:

—Estamos jugando a “los cocaleros, unidos, jamás serán vencidos”.

Me encuentro con la Lili disfrazada de “la Dra. Coca”, Jennifer disfrazada de “Paolita”, Carlita disfrazada de “Panchito”, y Memo disfrazado de “Moisés” (es decir, de mí). Todos estaban representando la magistral obra de teatro intitulada “La Optica Coca”.

Se habían conseguido unos lentes viejos y habían lijado los cristales con lija de madera, y a los cristales de otros lentes los habían recubierto con papel verde, como si fueran hojas de coca.

¿Se imaginan ustedes a “Moisesito” intentando mirar a través de las hojas de coca?

Como el pobre decía: “¡No veo! ¡No veo! ¡No veo!”, la Dra. Coca le daba de palos con un rollo de cartulina y le decía: “¡Di que sí ves! ¡Di que sí ves! ¡Di que sí ves! ¡Y muévete como Shakira en ‘Ojos así!’”

La risa, el llanto, los mocos y el desorden eran mayúsculos en aquel cuarto de juegos.

Es que la Lili, nuestra única hija de sólo nueve añitos me había acompañado las diez veces que visitamos la Optica “Coca”, y en silencio sufrió al ver cómo era abusado su padre. Es más, cada vez que íbamos allá, ella me rogaba de antemano diciéndome: “Porfa, pa, no pelees, ¿ya?”

Fue gracias a ella que yo no reaccioné y que terminé escribiendo esta historia.

* * *

En este momento glorioso en que pongo punto final a la presente historia, acude a mi mente el recuerdo de otro oftalmólogo y óptico que conocí, un pata israelí que honestamente me hubiera resultado muchísimo mejor.

El no usa *spray* ni trapo; solamente usa saliva.

En cierta ocasión un ciego tuvo la oportunidad de ser tratado por él, y él le preguntó al ciego:

—¿Qué tal ves?

El ciego le respondió:

—¡No veo nada!

Le escupió en los ojos y se los frotó suavemente, y le dijo:

—¿Y ahora qué tal ves?

El ciego le respondió:

—¡Veo a los hombres, pero los veo como árboles que andan!

Le tocó de nuevo los ojos y le preguntó qué tal veía, y su cliente respondió:

—¡Ahora sí veo con toda claridad!

Muchas veces me he preguntado: ¿Por qué recurrió al juego ése de que “la primera y la segunda al agua, y la tercera es la vencida”?

A la verdad, bien pudo sanarle con una sola escupida, o como dicen en Lima, “con un solo pollo”.

He tenido que experimentar esta odisea para poder al fin encontrar la respuesta a mi interrogante: Los oftalmólogos y los ópticos, por más óptimos que sean, necesitan que sea el cliente el que les diga: “No veo nada”, o “Veo un poquitingo”, o “Veo con toda claridad”.

Este simple hecho constituye mi primera lección de Oftalmología.

4

MOLLY Y LOS COCALEROS

Exactamente 24 días les tomó a los dueños de la Optica “COCA” y a sus empleados proveerme de mis nuevos lentes. Todo ese tiempo fue una verdadera odisea para mí y para mi familia: ¡Mas de tres semanas! ¡Quince visitas a la Optica “COCA” y al consultorio del oftalmólogo para que revisara los lentes que cada vez eran hechos peor! ¡Casi un mes con mi trabajo interrumpido y con un sufrimiento sin precedentes!

—¿Y no pensaste en propinarles una ejemplar vendetta?

—¡Claro que me vengué de todo lo que me hicieron!

Me vengué a mi manera, escribiendo una historia que presenta de manera patética, a manera de diario, todo lo ocurrido, día por día. Esa historia que seguramente has leído en algún otro lugar, lleva por título, “Mi primera lección de oftalmología”.

* * *

Ese sábado, casi al final de mi ordalía en la Optica COCA, estando aun privado de mis lentes, acompañé a mi esposa a una compras, y de regreso a casa la convencí que me acompañara a la Casa de Regalones “Champion”, porque yo tenía la intención de comprarle a nuestra pequeña niña el perrito del que se había enamorado perdidamente, y yo también. Ese perrito sería su único regalo de Navidad, al menos así lo había decidido ella misma.

Se trataba de nuestra diminuta Cocker Spaniel a la cual le pusimos el nombre de Molly, por la niña de ocho años, cantautora de música rock y creadora del exitoso tema musical: “Las chicas crean; los chicos babean”, en los dibujos animados de Nickelodeon.

Jugar con nuestro nuevo cachorrito y ver su tierna carita y sus ojos inocentes me ha hecho olvidar del rostro zahiriente de la dueña de la Optica COCA y logró devolverme mi paz. Además, para mirarle a sus ojos de cerca, no necesitaba lentes.

* * *

Todo el fin de semana nos pasamos jugando con la perrita en el condominio, en el amplio patio sembrado de grass y cercado de rosas. En el centro ha crecido un pino esbelto que cada año decoramos con luces de colores como un arbolito de Navidad. Alrededor del mismo corríamos perseguidos por nuestro nuevo juguete viviente.

Nuestra perrita tenía dos meses de edad.

El martes me llamó la secretaria del Dr. Mayo, y me dijo que fuera a recoger definitivamente mis lentes el miércoles 28 a las 6 de la tarde. Yo no sé si él logró que la Optica COCA los corrigiera después de 25 días de ires y venires; y a la verdad, no precisaba preguntar.

Sin embargo, la noticia me ocasionó nerviosismo en lugar de alegría. Y si estuvieran mal, simplemente esperaría dos meses para mandarlos hacer en Lima. El dinero perdido, porque la dueña de la Optica COCA me dijo que pasara lo que pasara no me lo devolverían, no tendría por qué afectar mi paz y mi alegría de vivir.

* * *

En la mañana del miércoles, mi esposa me preguntó si había recibido alguna llamada de parte del Dr. Mayo, y no pude sino confesarle que sí me habían llamado el día anterior. Y llegada la hora de ir al consultorio oftalmológico, le hablé diciendo:

—Voy a recoger los lentes al consultorio. No me los probaré allí mismo. Los traeré como están. Si estuvieran de nuevo mal, tendré paciencia hasta mi próximo viaje a Lima y allí los mandaré hacer en la misma óptica en que en un par de días me hicieron correctamente los lentes anteriores.

Mi pequeña Lili Ester se ofreció para acompañarme, y juntos tomamos un taxi.

Tenía mucho nerviosismo. Anhelaba que fuera la secretaria del doctor quien me entregara los lentes, porque realmente yo compartía la frustración del doctor. Pero mientras esperaba que ella me atendiera, se abrió la puerta del consultorio y el doctor en persona salió a saludarme y me entregó los lentes. Quiso hacerme pasar a su consultorio para que me los probara, pero le dije:

—No es necesario, doctor. Si usted dice que están bien, eso me basta.

El doctor no insistió, y me despedí agradecido.

* * *

No me puse los lentes en el camino. Nunca en mi vida había sentido fobia por los lentes.

Al llegar a casa mi esposa me pidió que me los probara, y esperó con visible impaciencia. Cuando me dispuse a ponérmelos, ella y Lili Ester esperaban con visible nerviosismo, porque esta era la décima vez que había ido a la Optica COCA por mis lentes, aparte de las otras veces que fui al oftalmólogo para su revisión.

Entonces les dije:

—¡Los lentes están bien!

Miré de lejos, miré de cerca, y de nuevo de lejos. Luego leí el texto de mi Biblia Científica RVA, la edición de bolsillo cuya publicación yo dirigí en Estados Unidos, y veía con intensidad y claridad aun las minúsculas notas de pie de página.

Mis ojos experimentaron un súbito descanso. Entonces les pedí a mi esposa y a mi pequeña que diéramos gracias a Dios allí mismo, de pie en medio de la sala. Y Lili Ester pidió que en nuestro pequeño círculo familiar fuera también incluida la Molly, y la levantó en sus brazos.

* * *

Acto seguido, llamamos al Dr. Mayo para informarle de nuestra alegría y expresarle nuestro agradecimiento.

Ese mismo día, después de almorzar fuimos al Hospital de la Mujer para visitar a una amiga que acababa de dar a luz. Y en el camino de regreso a casa cortamos camino y pasamos frente al Instituto Nacional de Oftalmología. De repente, leo en el área de parqueo un nombre que se me había hecho bastante familiar, y le digo a mi esposa:

—¡Mira el nombre de nuestro oftalmólogo!

Y me responde:

—Quiero que sepas que los médicos que trabajan en el INO son los mejores, y de todos ellos, el Dr. Mayo es el mejor.

* * *

Trabajé intensamente para recuperar todo el tiempo perdido, y de yapa escribí mi historia, “Mi primera lección de oftalmología”, y mientras le doy los toques editoriales finales, escucho en el cuarto de juegos de nuestra hija, risas, llanto y crujir de dientes.

Ella y sus amiguitos del condominio —Jennifer, Carla y el diminuto Jaimito a quien de cariño le llamamos “Memo”—, se han encerrado en el cuarto juntos con la Molly, han trancado la puerta y han puesto el cartelito de siempre: “¡NO MOLESTAR!”

La bulla y el escándalo que hacen los chicos son mayúsculos. Desde adentro se escucha la consigna de los marchistas a que ya estamos acostumbrados en la ciudad de La Paz:

¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!

Y todo aquel pandemonio se complicaba con los gritos y ladridos desesperados de la pequeña Molly.

* * *

De todas maneras impongo mi autoridad y me dirijo al cuarto para ver qué pasa con la pobra perrita, y por qué la torturan tanto.

Justo en mis narices se abre bruscamente la puerta del cuarto, y las niñas la sacan a la Molly de las orejas y a empellones, y cierran la puerta detrás de sí, con violencia.

Molly se desespera por volver a entrar y meterse en el juego, y ante la negativa y dureza de los niños, se pone a llorar junto a la puerta cerrada.

Yo me pongo severo y les digo:

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Por qué la han botado a la Molly?

Lili responde:

—¡Es que no nos deja jugar en paz! ¿No ves cómo ladra y muerde?

Le digo:

—¿Y a este escándalo llamas juego?

Y el más chiquito, el Memo, me responde con expresión de triunfalista seguridad:

—Estamos jugando a los ¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!

* * *

Entro en el cuarto y me encuentro con la Lili Ester disfrazada de “la doctora de la Optica COCA”, la Jennifer disfrazada de “Paolita” (su dulce empleada), Carlita disfrazada de “Panchito” (el picapedrero encargado de tallar los lentes en el taller de la óptica), y el Memo disfrazado de “Moisés” (es decir, de mí pobre).

Todos ellos estaban representando la magistral obra teatral intitulada “La Optica COCA”, pues ya se habían cansado del juego de “los cocaleros unidos jamás serán vencidos”.

Se habían conseguido unos lentes viejos y habían lijado los cristales con lija de madera, y encima los habían cubierto con pedacitos de papel crepé de color verde coca, simulando ser hojas de coca.

¡Imagínese usted a “Moisesito” intentando mirar a través de las hojas de coca pegadas a los cristales de sus lentes!

Como el pobre niño decía, “¡No veo! ¡No veo!”, la “doctora de la Optica COCA” le daba de palos con un rollo de cartulina, y le decía: “¡Di que sí ves! ¡Di que sí vez!” y “¡Muévete como Shakira en ‘OJOS ASI!’” —La doctora de la Optica COCA me había dicho que yo no podía ver con los lentes que me había hecho porque me movía, y al tratar de imitarme de cómo me movía, movió sensualmente sus caderas al estilo de Shakira, provocando la carcajada de todos sus clientes en la tienda, incluso de mi hijita, de mi esposa y de mí—.

* * *

Es que la Lili, nuestra única hija, de sólo nueve años, me había acompañado las diez veces que visitamos la Optica COCA para reclamar mis lentes, y sufrió en silencio al ver cómo era abusado su papá.

Es más, cada vez que íbamos allá, ella me rogaba de antemano, con su carita triste y derrotada: “Por favor, papá, no pelees, ¿ya?”

Fue gracias a ella que yo no reaccioné.

La risa, el llanto, los mocos y el desorden eran mayúsculos en aquel cuarto de juegos. Pero de repente cambiaron de parecer y volvieron a admitir a la Molly en el juego, y volvieron a sonar los gritos de. . .

¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!
¡Cocaleros, unidos, jamás serán vencidos!

5 LA NUMERO 5 EN MI VIDA

Cierto día visitamos la casa del abuelito Higinio, y al enterarse que mis brazos estaban ocupados con una perrita que dormía plácidamente, casi da un salto atrás, despavorido como si estuviera en la presencia del Anchancho.

Lo que pasa es que el abuelito Higinio es invidente, y en cuanto a los perros es más agnóstico que mandado hacer. Por eso expresó con envidiable sinceridad su opinión negativa, aunque con un toque escénico de humor, como acostumbra, lo cual da cabida para jugarle unas cuantas bromas pesadas.

El sólo conoce a los perros por su ladrido. Creo que en su vida ha palpado un perro, ¡y menos una perra! De manera que cierto día tomé su mano y lo paseé suavemente sobre el pelaje abrigado de nuestra pequeña Molly, y él la apartó con violencia diciendo:

—¡Futa!

En otra ocasión, cuando ya nos despedíamos de su casa, tomé la mano del abuelo y la jalé, pero esta vez me la apartó atrás astutamente, adivinando de qué se trataba. Dando un salto hacia atrás, antes de tener contacto con el suave pelaje de la Mollicita, expresó:

—¡Futa!

* * *

El abuelito Higinio recogió ayer a la Lili Ester de sus clases de natación y la llevó en un taxi al Coro Infantil donde está ensayando para cantar villancicos en la noche de Navidad.

En la entrada del edificio donde ensayaba el coro yo les esperaba con unas llaves que nos había prestado y una bolsa con cassettes que se le había de devolver. Ellos llegaron a tiempo, y la Lili entró a su ensayo. Así me quedé a solas con el abuelito en la ancha vereda, y le dije:

—Tengo en mi mano tu bolsa y en mi bolsillo tus llaves que nos prestaste.

El pregunta:

—¿Por qué no me los das de una vez?

Le respondo:

—Es que sólo tengo una mano libre, y en la otra tengo a la Molly. Y si la pongo sobre la vereda mientras saco tus llaves de mi bolsillo, ella puede escaparse y echarse a correr a la pista.

La Avenida Saavedra es una de las vías de más tránsito en la ciudad.

Le dije:

—Tienes que ayudarme sosteniendo a la Molly mientras yo busco tus llaves.

El aceptó de mala gana, y puse a la Molly sobre sus manos extendidas, mientras él giraba su cara a un costado, lo más que podía, como la niña de la película de El Exorcista.

Cuando él subía a su taxi, le dije:

—¡Este es un día histórico!

El pregunta:

—¿Por qué?

—Porque has sostenido en tus manos, por primera vez en tu vida una linda perrita como la Molly.

En silencio plega su bastón, y antes de que yo le cerrara la puerta del auto, vuelve a exclamar:

—¡Futa!

* * *

En todas las calles nos detienen los niños pequeños, las personas adultas y las parejas de enamorados para admirar la gracia de nuestra pequeña Molly.

Cierta noche entré con la Lili y la Molly a una tienda donde te sirven tacos mexicanos. Todos en la tienda se quedaron prendados de la Molly, especialmente una pareja de enamorados que no dejaban de acariciarla. Y el muchacho, mirándome con risas y compasión me dijo con su acentuada pronunciación paceña:

—Yo conozco bien a estos *pessitos*, porque he tenido uno. Estos *pessitos* no tienen *pessdón*. ¡Son *tessibles*!

Varias personas que tienen Cocker Spaniels se muestran más interesadas en conversar con nosotros para darnos consejos. Una ancianita que sale acompañada del suyo se detiene a conversar y nos dice:

—Esta raza conserva siempre sus características de bebés. Por eso son ideales para los niños pequeños. Pero hay que cuidarles mucho, porque cuando se hacen adultos pueden padecer de irritación en los ojos. Eso se soluciona dándoles desde pequeños jugo de zanahoria.

* * *

La Molly es también la chica preferida de los niños de nuestro condominio, e inclusive de sus padres. Esto me da alivio, porque cuando viaje al Perú para mis actividades programadas en la universidad, todos contribuirán para llenar el vacío que yo deje en su corazón.

La Molly duerme a mi lado, de modo que a simple vista parezco compartir la almohada con dos hembras: Una morenita a mi izquierda (mi esposa Amanda), y una gringa a mi derecha: ¡La Molly!

Y cuando estoy trabajando en la computadora hasta las altas horas de la noche, ella me acompaña y pone su cabecita caliente sobre el empeine de mi zapato y duerme plácidamente a mis pies.

Los niños del departamento de abajo suben a cada rato para pedirla “prestada”, para jugar con ella en nuestro patio cubierto de grass. Ellos son una gran ayuda para mí cuando la Lili Ester está fuera de casa en su curso de perlititas o en la piscina de natación.

También la abuelita Pil Cochabamba y el abuelito Alfonso se han puesto a chochar con la Molly.

* * *

En nuestro condominio sólo hemos tenido un percance que lamentar: Cierta mañana la Molly subió del patio a nuestro departamento en el segundo piso, y como encontró la puerta cerrada subió un piso más arriba donde vive la Cruela de Vil.

Un estentóreo grito de la perrita me hizo saltar de mi sillón. Miré abajo, y no había nadie. Subí de nuevo, y me encontré con la mala mujer que dizqué la había encontrado sentadita junto a su puerta e intentó llevarla a nuestra casa levantándola de la nuca. Pero lo más seguro es que la levantó de su parte más sexy: Sus orejas.

En eso llega mi esposa de la calle con una caja de mini-galletitas de colores con forma de carteros y de pacos (policías).

Incluso la tía Stael, que le tiene miedo a los perros, la ha retenido un instante sobre sus rodillas, aunque levantando nerviosamente sus manos en alto para no tocarla. ¡Cuán admirable es el cambio operado en su ser!

* * *

Desde hace varios días la Lili me venía insistiendo:

—Total, ¿aceptas mi apuesta? ¿Sí o si?

Haciéndome el loco le pregunto:

—¿Cuál apuesta?

Ella quería apostar conmigo si los perritos tienen ombligo, o no. Ella se había anticipado a decir que sí tienen. Pero antes de aceptar la apuesta, y a riesgo de perder plata como siempre, consulté con el Flaco, un amigo nuestro que ha sido profesor de biología en la universidad.

El me da cátedra:

—Todos los mamíferos tenemos ombligo, y como los perritos son mamíferos, también tienen ombligo.

Le digo:

—Así que la Molly tiene ombligo. . . ¿Y cómo no se nota?

El Flaco responde:

—Si observas bien, verás que sí hay una pequeña manchita que es su ombligo. Pero no confundas su ombligo con una de sus tetitas. La perrita tiene el número de tetitas según el promedio de crías que tendrá: Una tetita para cada cachorrito, con un pequeño margen de error.

Realmente me quedé boquiabierto ante semejante conocimiento.

* * *

Tenía razón el Flaco, pues cuando visitamos una granja de chanchos en Huaral, su dueño, el Dr. Casavechi, nos mostró que cada chanchito tenía su propia teta conocida, y los demás chanchitos tenían que respetar el derecho natural.

El Flaco siguió instruyéndome:

—En los mamíferos más evolucionados, las crías son menos en número, y en los especímenes más altamente evolucionados, como por ejemplo, yo, es una sola cría nomás.

Asombrado de la divina Providencia, le tomo del pelo:

—Pero las hembritas humanas tienen dos tetas, a pesar de que por lo general tienen una sola cría a la vez. . .

Y el flaco me instruye:

—Es por razones de equilibrio, pues trotar con una sola teta a cuestas sería muy incómodo, ¿no te parece?

Con tanta información acumulada, se entiende que yo no iba a aceptar su apuesta de la Lili Ester. Así que opté por hacerme el loco. Además, la vivaza ya había ubicado el lugar exacto del ombligo de la Molly, con la ayuda de su amiga Jennifer.

* * *

Ahorita acabamos de regresar con la Molly de su tercera vacuna; todo en la fecha indicada.

Su médico veterinario se alegra al verla cada vez más grande y sanita; lo mismo la chica que nos la vendió, que se enternece en tomar en sus brazos a su tocaya. También nos ha acompañado Jennifer, la niña del departamento de abajo, que a esta altura del partido ya es la dueña del perro.

Efectivamente, cuando la Molly hace demasiadas travesuras en casa y yo la disciplino, ella se las arregla con salir puertas afuera y bajar al departamento de la Jennifer, que da al patio, donde ahora pasa la mayor parte del día.

Mi esposa se ríe de que yo sea el que compra el perro, y el que corre con todos los gastos de las vacunas, con las preocupaciones diurnas y nocturnas, y con sus baños, y con sus cortes de pelo, y con sus manicures y pedicures, mientras que “los de abajo” son los que más la disfrutan sin sufrir gastos ni insomnio. Entonces me dice, sonriendo:

—¿Es verdad que la Molly es el quinto perro en tu vida?

Le respondo:

—Sí, ¿por qué?

Y me dice, agarrándose la barriga a causa de la risa:

—¡Porque cinco perros has tenido, y el que ahora tienes ya no es tu perro!

6 LAS BODAS DE MOLLY

Cuando nos mudamos a nuestro flamante departamento en Alto Sopocachi, un barrio residencial de la ciudad de La Paz, no pudimos traer consigo a nuestra querida Molly y la tuvimos que dejar en el condominio de Radio “Cruz del Sur”. Además, ella estaba bien acostumbrada a los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso a quienes tuvimos como vecinos. De manera especial, la Molly estaba acostumbrada a Jennifer, la nieta de ellos que parecía ser la gemela de nuestra Lili Ester. Pero siempre la visitábamos y la sacábamos a pasear al paraíso de los perros de raza: La Plaza Avaroa.

* * *

Uno de esos días, tras visitar a la Molly, Lili y yo hacemos escala en la casa del abuelito Higinio, y de puro quemasangre le digo:

—¡A que no adivinas de dónde venimos, Higinio!

El responde:

—¡No, pues, oye! ¡Otra vez que vas a venir con que vienen de visitar a ese perro hediondo y sarnoso!

Y la Lili le dice:

—¡Lo adivinaste, Higinio! ¡Felicitaciones!

Y otra vez empieza su largo sermón contra los perros y las perras.

* * *

Estas cosas le contamos a Teresita y a su hija Esther, sus maestras de piano de la Lili, quienes conocen bien a Higinio, y le tienen gran estima por su lindo carácter y magnífico sentido de humor.

Ellas se ríen con gusto, porque también tienen un perrito Cocker Spaniel llamado Pochito, un gran galán besador, al cual venimos desde hace algún tiempo echándole ojo para que sea el novio de nuestra adorada Molly. El don principal del Pochito es acribillar a la Molly con sus besos babosos.

Después de la clase de piano que Esther le ha dado a la Lili nos ponemos a conversar y nos imaginamos a la Molly y al Pochito en una romántica ceremonia nupcial que de paso sería un buen pretexto para que Lili ensayara en el piano la Marcha Nupcial. Si todos estos planes ayudaran para que ella practique bien su partitura y la interprete a la perfección, ¡pues vale la pena!

* * *

Teresita entra en el juego, y juntos con su bella hija Esther, propone:

—¡A Pochito le vamos a poner una corbata michi de color rojo!

Pensándolo bien, Esther hace esta observación:

—Pero esa será sólo una ceremonia anticipada. La luna de miel será recién cuando Pochito crezca, porque ahora nuestro Pochito todavía es un bebé. ¡Ay, mi pobre Pochito. Aunque ha crecido tanto, todavía no sabe nada de esas cosas!

Interviene la Lili y dice, simulando la voz de una bebita:

—Y para la Molly mi mamá ya tiene un pedazo de tul para hacerle su velo.

Y a mí se me ocurre conseguir un hueso grueso, y con una sierra cortarlo en tajadas, y a cada tajada hacerle un hueco en el centro. ¡Esos serían los anillos!

Lili se ofrece para preparar la torta de bodas con la receta que planea pedirle al Dr. Arié Waintrob. De paso, ese sería un buen pretexto para organizar un banquete. Y como en nuestros banquetes no pueden faltar los abuelitos Higinio y Olguita, a la Lili se le ocurre una idea realmente brutal:

—¡Que el Higinio y la Olguita sean los padrinos!

* * *

Yo le hago recordar que al Higinio no le gustan los perros porque le ladran en la calle porque le ven guiándose con un palo, que los perros no saben que es su bastón. Pero ella insiste con su plan:

—El banquete lo hacemos en Chasquipampa, en el Rinconcito Musical (la casa de Teresita), y al Higinio y a la Olguita les invitamos so pretexto de que voy a dar un recital de piano, después del cual vamos a tener un banquete en mi honor.

Dirigiéndose a mí dijo:

—Les invitamos con la debida anticipación para que no se puedan excusar o asuman otros compromisos. Y en el auto, camino de Chasquipampa, tú le encargas al Higinio en el bolsillo de su saco la cajita con los anillos de hueso, y le pides que te haga acordar de la cajita después de mi recital. Y como él llevaría en su bolsillo la cajita de los anillos, ¡automáticamente se convertiría en el padrino de bodas de la Molly!

Y añadió:

—Eso es todo lo que el Higinio tendría que saber.

* * *

Lili Ester continúa imaginando las cosas hasta en el último detalle:

—Higinio me escuchará tocar la Marcha Nupcial, pero no sabrá que se trata del matrimonio de la Molly con el Pochito. Y una vez en casa, después del banquete, les informaremos al Higinio y a la Olguita de que acaban de tener la dicha de funcionar como padrinos de bodas de la Molly y del Pochito Vacaflo.

Le pregunto:

—¿Y qué de la música y el baile?

Y responde:

—De eso te encargas tú

Estos detalles no pueden faltar. Compráramos el video de las Ketchup, y nuestra casa retumbaría con la pegajosa melodía de moda, el Aserejé, que tanto le malgusta al Higinio y a la Olguita. Pero la ocasión se prestaría para que yo también me luciera cantando siquiera una cancioncita de Thalía. Y acto seguido me pongo a ensayar su canción:

*¡Tú y yo, vivamos el momento!
 ¡Tú y yo, sin arrepentimiento!
 Para que estemos los dos;
 para que estemos siempre,
 ¡siempre tú y yo!*

* * *

La idea de las bodas de la Molly con el Pochito era genial. Sólo faltaba fijar la fecha. Sería cuando la Lili regresara de su viaje a Cochabamba a donde la ha invitado Juanito Verduguez para pasar una semana de ensueño y disfrutar a sus anchas de su piscina privada, y subir a la cabeza del Cristo de la Concordia, construido por Manfred Reyes Villa, su candidato “bombón”.

Tomando en cuenta estas consideraciones, la fecha ideal sería el sábado 18 de enero del 2003. Y para darle un toque espectacular a la broma que le pensamos jugar al abuelo Higinio, me comprometí escribir esta historia con criterio profético, para que en el momento de revelarle nuestra fechoría le pudiésemos también leer la historia en un acto de sobremesa en otro banquete familiar.

¿Te puedes imaginar al Higinio de padrino de una boda perruna?

Solo de imaginarnos la cara que pondría nos matábamos de risa. Y en cuanto a la Olguita me la imaginaba apretando su alma de pura emoción y exclamando:

—¡Ay, doctor, yo sí creo! ¡Yo sí creo!

Le prometo, pues, a Lili Ester escribir esta historia de antemano de modo que de paso sirviera para que no se nos escapara ni un solo detalle de los preparativos.

* * *

La víspera del sábado 18 de enero, repentinamente el abuelo dijo que no podría estar presente en el recital que su nietecita Lili daría en el Rinconcito Musical. Le preguntamos si se sentía indispuerto o enfermo, y respondió:

—Nada de eso. Hoy me siento mejor que nunca.

—¿Y la Olguita? Ella sí puede asistir, ¿verdad?

Ella intervino para decirnos que si no iba su esposo, ella tampoco iría.

Le preguntamos al abuelo por qué se había desanimado de asistir, y respondió:

—Porque seguramente ustedes van a hacer alguna fiesta para ese par de perros sarnosos. Y yo no quiero participar en esas sonseras.

Todos los maravillosos preparativos se echaron a perder porque no tuvimos en cuenta este hecho: El bandido de Higinio, aunque no puede ver con sus ojos físicos, puede ver con los ojos de su alma, y tiene el poder de leer los pensamientos. El lo adivinó todo y rehusó ser incluido en el juego.

Pero la Lili Ester no se da por vencida, y dice delante de su abuelo:

—No importa, papi. De todas maneras voy a ensayar bien la Marcha Nupcial, y celebramos la boda de la Molly y Pochito Vacafior, aunque sea sin padrinos.

7 MOLLY EN EL CELO

Hacía dos semanas que teníamos a Molly encargada en la casa de unos buenos amigos que viven en Chasquipampa en medio de un paraíso de terrazas y flores que se llama “el Rincón Musical”. Mientras tanto buscábamos con mucho cuidado el lugar donde ella se quedaría de manera definitiva.

En la casa donde vivíamos antes de mudarnos a un departamento en el cuarto piso de un edificio, ella tenía un amplio patio con grass y jardines donde retozar con garbo y vitalidad. Era la mascota engreída de media docena de niños que vivían en el condominio, aparte de todos los vecinos adultos, con excepción de una mujer que la llamábamos Cruela de Vil. Y cuando nos pasamos a nuestro nuevo departamento la tuvimos que dejar encargada con los abuelitos Pil Cochabamb a y Alfonso, de la planta baja, aunque la visitábamos regularmente y cuidábamos de ella. Pero cuando los abuelitos se mudaron a allí empezaron nuestros problemas y buscamos otro lugar apropiado para la Molly, cumpliendo con el requisito que había sido impuesto por su dueña, la Lili Ester: Que la Molly fuera a un hogar conocido y siguiera siendo suya para siempre.

* * *

No pudiendo tenerla encargada por más tiempo en Chasquipampa, a donde la llevamos cuando se mudaron los abuelitos Pil y Alfonso, la trajimos a nuestro nuevo departamento.

El sábado la bañamos en el jacuzzi, y el domingo la llevamos bien perfumada a un festival que se realizó en el local del colegio de nuestra hija, para el cual la Lili le compró una simpática gorrita roja estilo jockey, diseñada especialmente para dejar pasar sus orejotas.

La Lili, vestida de blanco como toda una doctora exponía sobre su proyecto de ciencias y era atendida por su mamá. Mientras tanto yo me hice cargo de la Molly, que era paseada por los niños y niñas pequeñas que hacían cola para tener el privilegio de llevarla sostenida de su cadenita a tan solo medio boliviano por cabeza.

Pero cuando aumentó la cantidad de gente y el bullicio en el patio central, la Molly se puso nerviosa y agresiva, fue entonces que la saqué a pasear a ese exclusivo boulevard de La Paz, que es El Prado, donde vivimos actualmente.

* * *

Aquello fue de película.

Ni bien pasamos la pista y pusimos los pies en el bello boulevard, una multitud de perros de todas las razas y de todos los tamaños, algunos tan grandes como yo, se nos pegaron a la Molly y a mí, y nos siguieron en larga procesión, a pesar de que ella no estaba todavía en pleno celo.

Yo parecía el flautista de Hamelin, y era señalado y alabado por el público paceño. Se detenían a contemplarme y a reírse de mí cuando hacía malabares para protegerme de los perros gigantes que querían arrancharme de mis brazos a mi pequeña Molly.

Fue una jornada sumamente difícil y bochornosa, porque cuando la colocaba sobre el pavimento, ella misma le hacía el amor a mi zapato.

Juzgué que era preferible volver al patio del Colegio para avisarle a la Lili que era mejor que me adelantara para llevarla de regreso a casa.

* * *

Me apresuré a llegar a casa antes del mediodía, porque quería consultar por teléfono con la Sra. Marianella Pires, una amiga nuestra que es veterinaria.

Le conté de los ajetreos en que me encontraba; sobre todo del gran show gratis que acababa de dar en El Prado. También le dije que había varias personas que querían tener a la Molly, pero que nada decidiríamos sin antes conocer de su entorno.

Entonces ella me dijo:

—Moisés, no regales a tu perrita a nadie. Hay gente que se emociona por un animalito por un momento, y después buscan deshacerse de él. Y por razón de mi trabajo con animales abandonados, yo conozco muchos casos de gente que anda buscando perritas de raza fina en edad de celo para venderlas en El Alto. Hay los que las compran para hacerlas parir varias camadas para tener cachorritos para la venta, y después descartan a la madre sin ninguna consideración.

Y añadió:

—Yo podría tener a la Mollicita en el interior de mi casa, pero te aconsejo que es conveniente esterilizarla primero.

* * *

Sus palabras tan amables me quitaron un gran peso de encima, porque conocemos su especial cariño por los perritos.

Le dije:

—No puedes imaginarte cuán alegre y agradecido me siento, porque a ti sí te puedo confiar nuestra perrita. Ella sería la mascota de tus dos hijitos, pero también seguiría siendo su perro de la Lili Ester para siempre. Así la visitaríamos en tu casa regularmente, y nos haríamos cargo de su baño, de su corte de pelo, de su pedicure, de su manicure, como hacíamos cuando estaba con la abuelita Pil Cochabamba.

Entonces nos dio instrucciones acerca de la esterilización. Sería una ovariectomía, es decir, la extirpación de los ovarios. De este modo ya no atraería más a los perros.

Habría que empezar por escoger una clínica veterinaria adecuada y un veterinario de reconocida trayectoria profesional.

Le dije:

—La llevaríamos al Dr. Marcelo Camacho, que tiene su Centro Médico Veterinario cerca de nuestra casa. Le conocemos bien; él tiene un amor muy especial por los animales.

Me dijo:

—Es que una operación de un animal es algo tan serio como el de un ser humano. Este tipo de operación es algo delicado; pero créeme, es muy aconsejable. Eso no sólo hará que no sean asediados ni tú ni ella por una multitud de perros, sino que la misma perrita pierda ese intenso nerviosismo que le ocasiona su celo y que puede hacer que se torne agresiva con las personas desconocidas, y aun con los niños.

Como experta en la materia, la señora Pires me convenció por completo, pero faltaba convencerle a la dueña, pues ni Amanda ni yo nos atrevíamos a tomar decisiones que más tarde la Lili Ester pudiera seriamente cuestionar.

* * *

Cuando ellas volvieron del Colegio a la casa se lo propusimos, y le conté lo que me había dicho la Dra. Pires acerca de cómo algunos utilizaban a las perritas sólo para desgastar su cuerpecito con camadas de cachorros, y descartarlas después.

Lili lloró amargamente, pues se esfumaban sus sueños de celebrar las bodas de la Molly con el Pochito Vacafloor, ella con velo blanco, él con corbata michi roja, y con marcha nupcial, con una pomposa ceremonia, con banquete y con los Padrinos de Corneta Mamani. Ella también vio esfumarse sus sueños de tener lindos cachorritos que como “niños envueltos” en sus pródigas orejas de oropel serían la reencarnación de nuestra hermosa Molly, y de paso le darían algunos ingresos adicionales.

Entonces su mamá le dijo:

—Aparte del sufrimiento y del desgaste que significaría para la Molly dar a luz varios cachorritos, es deshacernos de ellos, uno por uno, es algo realmente desgarrador. . . ¿Cómo puede uno estar seguro del destino que tendrá cada uno de ellos? Si no, dile a la Esthercita Waintrob que te cuente cómo sufrió ella al deshacerse de las crías de su gatita Min.

* * *

Cuando la Lili terminó de llorar, nos sorprendió con su firme decisión:

—Papá, me he convencido de que lo que propone la Dra. Marianella Pires es lo mejor para nuestra amada Molly. Por favor, llámale para decirle que sí acepto su consejo, y que lo vamos a seguir al pie de la letra.

Amanda y yo le dijimos:

—Preferimos que tú misma seas quien hable con ella y le agradezcas por su amabilidad de aceptar a nuestra Molly en su casa.

Ella hizo así, y mientras hablaba, se notaba de repente una contagiosa alegría y risas escandalosas, pues Molly aprovechaba que ella estaba ocupada en el teléfono hablando a la Dra. Pires, para hacerle el amor a su pierna, sin que nadie la pudiera despegar.

Amanda le consolaba diciendo:

—Quizás la Mollicita no será la novia del Pochito Vacafloor, pero sí será su hermanita para siempre.

* * *

Por la tarde fuimos a consultar al Dr. Camacho. Con su gorrita jockey roja, en la ventana de nuestro auto ella se parecía a la misma Sabatini o a cualquier tenista de la alta sociedad.

La noche previa a la operación, nos sentamos en la sala, la Molly, la Lili, la Amanda y yo, y encomendamos en las manos del Creador a nuestra amada perrita, rogando que él, que ha creado a este ser tan maravilloso, dirigiera las manos del veterinario y que todo pudiera resultar en un mayor beneficio.

Y todo resultó según lo esperado. Marcelo Junior ayudó a su padre en la operación, como nos prometiera, con mucho amor. Y el mismo hecho de que pasara el día jugando en ayunas, hizo que ella acabara uno tras otro los platillos de agua que le dieron después de la operación.

8 ¡PERDONAME, MOLLY!

La mañana del lunes 3 pasé ordenando los documentos y materiales para mi próxima gira internacional, soportando una carga que se hacía más pesada cada vez que intentaba ignorarla.

Almorcé con cierta calma, pero hacia las 3 de la tarde aquella carga se transformó en una honda desesperación que me arrancó suspiros profundos y sentimientos de confusión y pesar.

Francamente, no pude resistir más y apagué la computadora para reposar un poco. Pero no pude alejar de mi mente la primera escena de la mañana que me presionaba con un insistente remordimiento.

¿Qué pudo haber ocurrido?

A las 9 de la mañana Lili y yo habíamos llevado a nuestra adorada Molly al Dr. Marcelo Camacho, su veterinario, conforme a sus instrucciones: Totalmente en ayunas y sin beber nada de agua.

En ese momento él no estaba en la clínica veterinaria, pero nos recibió su hijo, Marcelo Junior, un bello muchacho de 16 años que asume con profunda vocación su responsabilidad como asistente de su padre en el quirófano en complejas operaciones en mascotas como perros, gatos, loros, monos, iguanas, etc.

A la Lili se le ocurrió preguntarle, haciendo derroche de humor, a pesar de su tristeza y dolor:

—¿También arañas?

Y él respondió, tomándole del pelo:

—No; yo no araña.

* * *

La casa del Dr. Camacho está junto a su clínica veterinaria y el jardín ha sido convertido en un pequeño zoológico desde el cual los que nos acercamos por la calle somos convocados bulliciosamente por unos loros habladores que no se ciñen a ningún protocolo y que se nos presentan diciendo: “¡Yo soy el doctor! ¡Yo soy el doctor!”

Otra peculiaridad de esta clínica veterinaria es la profusión de dibujos y acuarelas de perros que llenan las paredes de la recepción, en medio de los cuales destaca una caricatura a todo color del Dr. Camacho curando a un perro que no disimula su dicha con una bella sonrisa de oreja a oreja. Todos esos cuadros, incluso la caricatura central son obra del mismísimo Dr. Camacho y constituyen evidente recomendación para su mano en la práctica de la cirugía. Yo aprecié de modo especial este detalle y le dije:

—Yo también soy caricaturista, aunque no de la talla de usted. Le prometo que en mi próxima visita le traeré como obsequio un libro mío que lleva por título, Filosofía de la vida, al cual he ilustrado con mis propias caricaturas, inclusive una de mí mismo con típico atuendo de trotamundos shilico.

Me pregunta qué es “shilico”, y le indico que es el gentilicio de Celendín, una pequeña ciudad de los Andes del norte del Perú, de donde yo provengo.

* * *

Aquella mañana, Marcelo Junior tomó a Molly de mis brazos y la metió en una jaula pequeña que había en un closet en la sala de recepción, mientras me decía lacónicamente que su padre tardaría en llegar porque había salido para adquirir lo necesario para la operación.

La tarde del día anterior, el Dr. Camacho nos dijo que operaría a Molly el lunes a las 5 de la tarde, pero luego, pensando que podría dedicar a ella la primera parte de su agenda del día, dijo que lo haría más bien a las 9 de la mañana. Llegamos, pues, puntuales a la clínica, y Marcelo Junior metió a la Mollicita en aquella jaula del closet y cerró la puerta del mismo mientras terminaba de hacer limpieza en el quirófano.

Molly quedó sumida en la oscuridad.

Le expresé mi preocupación porque la dejaba encerrada así, tratándose de una perrita Cocker Spaniel, que se caracteriza por deprimirse demasiado cuando está sola y encerrada. Y el chico me dijo:

—No se preocupe, señor; nada le va a pasar.

* * *

Le entregué también una bolsa que contenía el libro Filosofía de la vida que le había prometido a su padre, más un ejemplar de la Biblia Científica RVA que él tenía mucho interés en leer, porque sabía que yo mismo la había traducido del hebreo, del arameo y del griego.

Me dio mucha pena verla desaparecer de mi vista de esa manera. Pensé un momento quedarme al lado de ella y esperar al doctor, pero Marcelo Junior insistió que la dejara nomás. Y titubeando respecto de si la debía dejar encerrada así hasta que llegase el doctor, caminé cabizbajo rumbo a casa, pensando a cada paso que lo decidido hecho está, y diciendo a viva voz: “¡Perdóname, Molly!”

* * *

Toda la mañana la pasé relativamente tranquilo, trabajando afiebradamente en la computadora.

A eso de las 3 de la tarde miré el reloj, y me agobió repentinamente la desesperación.

Pensé: “Quizás han terminado de operarla, o a lo mejor están operando en este preciso momento que mi corazón se estruja. Pero este es el punto de no retorno; ya no se puede desistir.”

Y dejando escapar un profundo suspiro, dije: “¡Perdóname, Molly! Pero es para que seas feliz.”

* * *

A las 6 de la tarde, como me había indicado el doctor, fui a la clínica con mi pequeña Lili Ester, de sólo once años de edad, para recoger a Molly y traerla a casa.

El doctor nos dio instrucciones de cómo manejarla, cómo atenderla y cómo suministrarle su antibiótico de amoxicilina, cada ocho horas. Y Lili, que me venía reconviniendo insistentemente porque la había dejado encerrada en una jaula en la mañana, hizo la pregunta que yo hubiera preferido evitar:

—¿A qué hora la operaron, doctor?

—Empezamos a las tres de la tarde. No se pudo operarla antes porque no pudimos conseguir todas las cosas necesarias para la operación.

Yo le dije:

—Me da mucha pena que haya estado encerrada en la jaula tanto tiempo. . .

Y nos dijo:

—No se preocupen. Sólo estuvo allí por poco tiempo, hasta que llegué a casa. Después la hemos sacado y ha estado en nuestra casa jugando con nuestros hijos pequeños.

Evidentemente, se había encariñado con Molly. Y no es extraño, porque todo el mundo la adora y de detiene a acariciar sus orejas sexies.

El doctor me dijo que si de todas maneras decidíamos darla al cuidado de otra persona al no poder tenerla en nuestro departamento en un edificio, él ya tenía una persona que la quería, y garantizaba que la trataría de lo mejor.

* * *

Después de darnos las instrucciones finales, el mismo doctor tuvo la amabilidad de tomar a Molly en sus brazos y acompañarnos hasta el taxi que nos esperaba afuera, para luego colocarla sobre mis rodillas dentro del auto.

Y antes que partiéramos nos aconsejó:

—No le den nada esta noche, porque después de la operación ha tomado bastante líquido. Realmente tenía mucha sed.

9 DE VUELTA A CASA

Quisiera rememorar los primeros momentos cuando traíamos a la Molly en un taxi del Centro Médico Veterinario del Dr. Camacho.

Contamos con el servicio de un taxista mu amable, que providencialmente se mostraba muy sensible por la Molly, y conmovido por la atención que le dábamos Lili Ester y yo.

El tuvo la nobleza de conducir su autor lentamente por las calles empedradas de Tembladerani, para no causarle dolor. Y mientras yo sostenía a la Molly sobre mis rodillas y acariciaba su suave cabecita y sus descomunales orejas, la Lili se puso a conversar animosamente con él.

Le decía:

—Por favor, señor, conduzca lo más suave posible, porque a mi perrita la acaban de operar.

El le hablaba a ella:

—La mayoría de la gente no muestra tanto cariño y cuidado por los animales como ustedes dos. De veras me conmueve el amor que tienes por tu perrito.

La Lili le responde:

—Los seres humanos seremos responsables ante Dios del trato que damos a los animales, porque el mismo Dios nos ha creado a nosotros y también a ellos.

* * *

El chofer siguió comentando:

—A mí me duele ver cómo se les hace sufrir a los toros en una corrida de toros. Yo no puedo ver esos actos de crueldad y salvajismo, ni aun en la televisión. También se ve mucha crueldad e insensibilidad con los animales que son usados para experimentos científicos. . .

Y Lili responde:

—Yo creo que el ser humano ha progresado tanto como para evitar el dolor, aun a los animales que sacrificamos para nuestro alimento. Antes de matarlos, se me ocurre, digo yo, ¿por qué no se les pone un poquito de anestesia, así como cuando se pone a dormir a las mascotas enfermas?

Se dirige a mí para preguntar:

—¿Cuesta mucho la anestesia, papá?

Y respondo:

—Creo que no costaría más de cinco bolivianos anestesiar localmente a un animal. Pero dudo que a ningún ser humano, en ningún país del mundo, ni siquiera en Israel, se le haya ocurrido jamás como a ti, anestesiar a un animal en el momento en que se lo sacrifica para alimento. ¡Mereces convertirte en millonaria sólo por patentar esta tu ideota!

Y ella concluye:

—A pesar de tanto progreso humano, en general el hombre no ha progresado mucho en su sensibilidad por los animales. Pero en el programa de Animal Planet vemos algunos casos de amor por ellos, realmente conmovedores.

Como la Lili Ester se ha propuesto decididamente ser algún día una experta doctora veterinaria, Animal Planet es uno de sus programas preferidos en la televisión, y de tanto verlo ha llegado a aprender mucho sobre los animales y el reino animal.

El chofer del taxi se queda admirado de su conversación, y al llegar a casa se muestra comedido en ayudarme a salir del auto sosteniendo a nuestra Molly en mis brazos. Inclusive nos hizo una rebaja en el costo de la carrera.

* * *

Mientras subimos al cuarto piso donde se encuentra nuestro departamento, contemplo a la Molly en mis brazos y le prometo a mi Lili escribir su diálogo que acaba de tener con el taxista en el trayecto del Centro Médico Veterinario a nuestra casa, porque ella ha tomado en serio, a pesar de sus escasos once años de edad, la carrera de la medicina veterinaria.

Tras entrar a nuestro departamento, me apresuro jadeante a colocar a la Molly sobre nuestra cama, para alcanzar luego a responder el teléfono que suena insistentemente. Es Elizabeth, la secretaria de la CBUP, que me llama desde Lima. Y le digo, jadeante, y sin darle tiempo para hablar:

—Por favor, llámame de nuevo de aquí a una hora, porque ahorita no tengo ni resuello ni concentración para poderte escuchar. Acabo de llegar de la clínica trayendo en mis brazos a mi Molly, porque la acaban de operar, y debo salir de inmediato para buscar una farmacia donde comprarle su antibiótico.

Elizabeth y toda la comunidad de la CBUP en el Perú conocen bien a la Molly a raíz de mi historia, “Molly y la Biblia” que he escrito y que hemos difundido mediante MISIONOLOGICAS, el Boletín Semestral de la CBUP.

* * *

¿Cree usted que esta historia que acabo de escribir podrá tener alguna conexión posible con la reflexión teológica a la que estamos abocados en la CBUP?

Génesis 9:5 nos refiere estas palabras del Creador: “Yo pediré cuentas a todo animal y al hombre.”

Mientras llegue el momento oportuno para analizar esta historia como es debido, piense seriamente en lo que dice Génesis 9:5, porque Dios le pedirá cuentas a todo animal.

10 COMPARTIENDO EL DOLOR

La primera noche después de la operación fue muy triste y dolorosa para Molly, pero también para mí y para Lili Ester, que dormimos a su lado. Molly y yo en la cama, y Lili sobre un colchón dispuesto sobre el suelo.

Poco a poco fueron pasando los efectos de la anestesia, y Molly se mantenía sentada, jadeando profundamente a causa del dolor. Toda la noche la pasamos a su lado, en vela, mirándole a los ojos y pronunciando su nombre: Molly, Molly, Molly.

Reflexionábamos en el gran parecido del organismo de una perrita y de una mujer; por lo mismo que el dolor era igual. Nadie podría convencerme con el argumento de que los animales sufren menos que los humanos. Al contrario, creo que sufren más porque no pueden hablar. Pero me consolaba un poco pensar que ella no podía saber lo que había ocurrido en el interior de su cuerpecito y que tras su recuperación olvidaría por completo esos momentos de dolor.

* * *

Lili Ester y yo estuvimos despiertos toda la noche a fin de brindarle su mejor medicina: El amor y el cuidado permanente para darle su antibiótico en el momento preciso, con la ayuda de una jeringa descartable.

Pasada la media noche vomitó de color verde, y recién hacia el amanecer del martes pudimos dormir brevemente con cierta serenidad.

Como la operación había sido llevada a cabo en ayunas, en la primera mañana le dimos leche tibia, que tomó con ansiedad. Pensamos que eso era una señal de su rápida recuperación. Inclusive intentó responder a un lejano ladrido; pero desistió, porque sólo producir un débil ruido aspirado. Y no pasaron muchos minutos hasta que vomitó de nuevo expulsando todo el líquido acumulado en su estómago, seguramente como contraefecto de la anestesia.

* * *

Toda la noche había forcejeado para sacar con sus manitas una cubierta de plástico que protegía un cojincito de algodón y que estaba fijado con tape sobre la herida de su pancita. Hacia el amanecer lo había logrado sacar. Así pude ver lo que me pareció ser la herida misma, y me produjo desesperación ver su vientrecito con puntos de hilo negro cada dos centímetros de distancia y grandes huecos dorados en medio.

El Dr. Camacho me llamó por teléfono para preguntarme cómo seguía su paciente, y me calmó diciéndome que lo que yo había visto era la unión de los pliegues de la epidermis de su pancita, para proteger la costura de la capa interior de su piel cosida y sostener una gasa empapada en tintura de violeta de genciana para evitar toda infección cuando Molly rascara la herida con sus patitas delanteras. Dichos puntos externos serían quitados al cuarto día y la piel de su vientre quedaría sin rastros de la operación.

* * *

Todo el día martes 4 lo pasamos durmiendo juntos. Ella buscaba siempre estar pegada a mi cuerpo.

Hacia la tarde aceptó un poco de leche tibia, cuando se cumplían exactamente 24 horas de su operación.

La noche del martes Lili Ester quiso hacer guardia y pasó su cama junto a la nuestra, poniendo su reloj despertador en la hora en que debíamos darle su antibiótico. Yo me encargaba de separar sus mandíbulas, y Lili introducía en su boca la jeringa con el antibiótico, de tal manera que ninguna sola gota se perdiera.

Poco a poco fue cediendo a abrir su boca, y Lili, probando la medicina, me dijo:

—¡Con razón le gusta, porque está deliciosa!

Me dijo que tenía sabor de melocotón.

* * *

El miércoles, a las 5 de la tarde se cumplieron 48 horas de la operación, y Molly aceptó un poquito de carne molida y sancochada.

Lili, de nuevo hizo guardia durante la noche y se ganó un buen resfriado.

Me preocupaba que a pesar del mucho líquido que venía acumulando desde la operación, la Molly no hacía nada de pis, y precaviendo que en cualquier momento mojaría la cama inconscientemente, dispuse unos plásticos para proteger el colchón.

El jueves 6 por la mañana le llamé al doctor para consultarle acerca del pis, y me dijo que no me preocupara por eso, porque los perritos tienen una capacidad increíble de retención de la orina. Ella haría pis cuando se sentiría mejor.

* * *

La noche del jueves ya no fue necesario que la Lili hiciera guardia, y tanto Molly como yo dormimos plácidamente, pues ambos veníamos experimentando lo que se llama “cansancio acumulado”.

Inclusive tuve un sueño muy placentero, a pesar de las circunstancias:

Soñé que yo era Jack, el personaje central de la obra cinematográfica, “Titanic”, protagonizado por Leonardo di Capri.

Me sentía bien pegadito y abrigado con el cuerpecito sensual de la hermosa Rose en el preciso momento cuando el barco chocó con el gigantesco témpano de hielo y empezó a hundirse en la negrura del océano.

Pero en un momento cuando el golpe del oleaje nos hizo perder el equilibrio y nos derribó sobre el piso de la cubierta del barco, me desperté sobre la cama, y me vi anegado en la orina de Molly, que venía acumulándose desde el lunes.

El resto de la noche lo pasé cambiando sábanas y edredones, y en la mañana del día siguiente lavé las sábanas y llevé los edredones mojados a la lavandería, a escondidas de mi mujer.

Fui tan meticuloso en la limpieza que ella no se quejó en ningún momento de haber detectado algún mal olor en el dormitorio destinado a la Lili, a la Molly y a mí, o alguna mancha delatora en el alfombrado.

Aunque a lo mejor sólo simulaba no darse cuenta, para no ayudar en nada.

* * *

El viernes 7 era el cuarto día desde la operación, y la Molly ya podría ladrar y caminar.

Cuando por unos breves minutos se la encargué a Julia, abajo en el pasaje, mientras yo iba a una tienda para comprar detergente, la Molly hizo un esfuerzo descomunal para escapársele y correr tras de mí. Parecía que se desesperaba recordando que en un momento igual cuando yo la encargue en manos de una persona desconocida, había llegado a experimentar aquel dolor inexplicable en el interior de su tierno cuerpecito.

Molly ha recuperado rápidamente su vitalidad y su alegría. Inclusive parece haberse intensificado el empeño con que le hace el amor a una pierna de su dueña, y luego a la otra, en turno.

Lili Ester se ríe y nos explica:

—Lo que pasa es que ella está programada así, y es posible que siente un escosor que confunde con deseo sexual. Pero ya no atraerá más a los perros.

Yo, por mi parte, he aprendido que de la misma manera como sufre un ser humano sufre también un animalito, inclusive en el aspecto psicológico. Por eso es nuestra obligación atenderles debidamente, dándoles la seguridad de nuestra cercanía y atención, y sobre todo, de nuestro amor.

* * *

El sábado 8 le tocó a la Lili su clase de piano. Su maestra es Esther Waintrob, en cuya casa, llamada “Rincón Musical”, tuvimos encargada a la Molly previamente.

Fuimos con Molly, pero no dejamos que su adorado Pochito Vacaflor se le acercara, porque ella aun estaba convaleciente de su operación. Pero la alegría de Pochito y de Chiquitín eran indescriptibles al volver a ver a la Molly.

Ya tarde en la noche, mientras la Molly duerme plácidamente a mis pies, junto a la computadora, estoy terminando de escribir la historia que le prometiera a Lili, la misma, la misma que espera también el Dr. Camacho y toda nuestra gente en la comunidad de la CBUP donde hemos venido utilizando historias cortas como casos de estudio.

El atenderla como es debido en su operación, y luego dejarla en buenas manos en la casa de los esposos Pires ha sido una de mis mayores preocupaciones antes de atender los últimos preparativos de mi viaje a Lima, para mis actividades en la CBUP correspondientes a julio del 2003.

* * *

Cuando estoy en los últimos preparativos para mi viaje al Perú, se me acerca mi pequeña Lili Ester y me entrega un corrugado papel con una poesía que acaba de escribir, que dedica a su linda Molly y que lleva por título FELIZ DIA DEL PERRO. Permítaseme incluir su poesía para cerrar con broche de oro la presente historia:

HAPPY DOGGY'S DAY

*Estimada y dulce perrita,
cada día me recuerdo
de tu nombre "Mollicita"
con lágrimas de recuerdo.*

*Friegas con tus ladridos
a toditos los vecinos.
Cuando llegas a la plaza
juegas con los perritos.*

*Al llegar a la casa
fuiste directo a tu cama,
tendiendo tu almohada
y mordiendo mi cubrecama.*

¡Genial! ¿Di?

11 LAS REFLEXIONES DE ROCCO

La Molly ya está sana y fuerte, y muy contenta en la casa de la familia Pires. Por tanto, mi viaje a Lima tuvo lugar el 23 de junio, horas antes de la víspera de San Juan que se anunciaba en la radio como el día más frío del año.

Abordé el bus de Ormeño a eso de las 4 de la tarde, y después de pasar la frontera en Desaguadero penetramos en la oscuridad de la noche, aunque el frío anunciado no lo sentimos para nada a causa de la buena calefacción del bus.

Así empieza otra experiencia inolvidable: La gran cantidad de fogatas encendidas en las colinas y en las aldeas del grande territorio de Puno para festejar la noche de San Juan daban la sensación de que a medida que nos sumergíamos en la noche, nos introducíamos en una gran joya o en una corona de piedras relucientes. Y el paso por los poblados nos hacía ver a la gente abrigándose junto a las fogatas encendidas junto a las puertas de sus casas o en las esquinas y en las plazas.

* * *

Para añadir a la magia de aquella noche de ensueño, el recorrido del bus era escoltado por una visión espectacular del planeta Marte que en este año 2003 se ha acercado a la Tierra.

Marte, del mismo color que las fogatas, como un dios de fuego se desplaza delante de nuestro bus, como si precediera las celebraciones de la víspera de San Juan.

Esta hermosa visión celestial espantó mi sueño, a pesar de estar tan cansado con los preparativos para las actividades de la CBUP. Sólo a ratos venía a mi mente que en Lima asistiríamos a un acontecimiento muy importante: La primera graduación de Maestría de la CBUP, entre cuyos graduandos destaca ¡un gato! Me refiero al “Gatito de la CBUP”, un muchacho tan interesante que desde ahora ya empezamos a extrañarle.

En esos momentos se producía en mi mente y en mi alma una extraña asociación entre la ceremonia de graduación que se avecinaba y el receptáculo resplandeciente de esta luminosa noche de San Juan.

* * *

En la mañana siguiente a mi llegada a Lima, me encuentro en un momento de aturdimiento, ordenando papeles y preparando una agenda para mis actividades que durarían un mes.

En eso llega de visita mi hermano Lázaro. Yo me siento un tanto culpable de no poderle atender como es debido, dado mi apresuramiento para terminar los preparativos antes de ir a la CBUP.

Entonces, tomo una copia de la última historia que había escrito sobre la operación y la recuperación de nuestra Molly. Tiene por título, “¡Perdóname, Molly!”, que estaba a la mano sobre la mesa, y se lo doy a leer, para pasar el rato.

Le digo:

—Mientras se alista Elenita, lee esta historia que he escrito recientemente. También le di a leer la poesía que ha escrito mi pequeña hija Lili Ester y que está dedicada a su tierna perrita Molly. Y dice así:

HAPPY DOGGY'S DAY

*Estimada y dulce perrita:
Cada día me recuerdo
la palabra "Mollicita"
con lágrimas de recuerdo.*

*Friegas con tus ladridos
a toditos los vecinos
y pareces una bomba
de torturas de sonidos.*

*Cuando llegas a la plaza
Juegas con los perritos
Como si fueran tus grandes amiguitos
buscando comida en la basura.*

*Al llegar a la casa
Fuiste directo a tu cama
tendiendo tu almohada
y mordiendo mi cubrecama.*

* * *

A él le da curiosidad la poesía y comenta:

—Está bonita su poesía. Tiene ritmo y rima. . .

Luego se pone a leer la historia de principio a fin, y tras un largo momento de silencio siento que moquea y se limpia sus ojos humedecidos.

Le miro y le pregunto:

—¿Qué te ocurre? Estás llorando. .

Y responde:

—Lo que cuentas en tu historia también lo he experimentado yo. Hay que haberlo experimentado para poderlo comprender. Yo tengo un perro llamado Rocco que también fue operado como la Molly, claro, por otras razones porque es macho. Por eso sé lo que es pasar noche tras noche de insomnio a su lado, para atenderle, para hablarle, para ayudarle a sobrellevar el dolor. Porque sé por experiencia estas cosas es que el diluvio del llanto se me viene encima.

* * *

El momento es especial.

Muy conmovido, dejo de lado todo lo que estaba haciendo y me pongo a conversar con él.

Yo no le conocía a mi hermano en esta dimensión sentimental, y escucharle hablar me conmueve.

Me dice:

—A mi perro yo no le arrojo la comida al suelo, porque no me gustaría que nadie me arrojara la comida a mí así. Yo trato a un perro como quisiera que me traten a mí. Por eso siempre que le doy comida a un perro se lo alcanzo a su boca. ¡Cuánto más cuando se trata de mi propio perro, mi Rocco! Aunque se trate de un perro, a él le debo haber aprendido muchas cosas importantes en la vida. El me ha enseñado a reflexionar.

Le pregunto:

—¿Y qué le pasó a tu Rocco? ¿Algún accidente?

* * *

Mi hermano Lázaro procede a contarme con lujo de detalles la historia de Rocco, y me conmueve tanto que le digo:

—Por favor, escríbeme la historia del Rocco para darla a conocer a todo el mundo.

Y responde:

—Yo no soy bueno para escribir. Pero lo que sí te prometo es que le escribiré una carta a Lili Ester, contándole a grandes rasgos acerca de mi perro, e incluiré algunas reflexiones que he escrito a raíz de esa experiencia de atenderle a lo largo, no de una operación, sino de cuatro operaciones que tuvo que pasar.

* * *

Hacia el final de mi larga estadía en Lima, cuando ya me había olvidado de la promesa que me hiciera mi hermano, y me encontraba poniendo en orden mis maletas para mi regreso a casa en La Paz, llega mi hermano con una carta para mi pequeña Lili Ester. Y como el sobre estaba abierto, me pongo a leer:

Lima, 20 de julio del 2003

Niñita

Lili Ester Chávez:

Es muy agradable dirigirme a ti por medio de la presente, para encargarte que le des un beso y un saludo a tu mamacita de parte de tus tíos Lázaro y Edith.

Te cuento que he leído el poema que has compuesto para tu perrita Molly, a quien quieres mucho. También sé que la operaron y que está bien.

¡Qué coincidencia! Pues nosotros también tenemos un perrito que se llama Rocco. Tiene un año y medio; es de color negro con marrón en las patas y en el pecho, y pesa aproximadamente 55 kilos.

Pues a él también le operaron cuatro veces de sus codos porque le salieron unas protuberancias llamadas “bursitis”. Para que se sane tuve que darle sus medicinas a la hora indicada por su veterinario.

Dormí con él para cuidar que no se haga daño la herida, y para hablarle para que se tranquilice cuando tenía dolor.

Así estuve quince días viéndole. Ya está completamente sano. Es un perrito a quien queremos mucho y le cuidamos, porque el Señor nuestro Dios ha dicho del hombre: “Señoree sobre todo animal.” Y estas palabras, pienso, nos enseñan a amar y cuidar de los animalitos para que después demos cuenta a Dios de nuestros hechos cuando estuvimos en vida.

Yo no sé hacer poemas como tú, pero tengo un escrito intitulado “Reflexiones de Rocco”, y como es muy bonito te envió una copia junto con la foto de mi Rocco, para que te hagas una idea de cómo es él. Espero que te guste.

Bueno, mi querida Lili, he tenido el gusto de escribirte y te deseo muchas bendiciones del Señor nuestro Dios en unión de tus papis a quienes te pido que les quieras mucho y les obedezcas.

Hasta pronto, tus tíos Lázaro y Edith

* * *

A continuación incluyo las “Reflexiones de Rocco”, por mi hermano Lázaro Chávez. Una foto grande del Rocco ocupa la mayor parte de la página, y alrededor de ella están escritos los siguientes pensamientos:

Yo jamás he hecho una guerra; es el hombre que hace la guerra. Sin embargo, se suele decir: “¡Cuidado con el perro!”

Yo no hago trampas como el hombre. Sin embargo, en las entradas de los casinos está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no armo escándalos como los congresistas. Sin embargo, en la puerta del Congreso está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no tengo la intención de robar, como el hombre. Sin embargo, en los negocios está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no secuestro aviones, como los hombres. Sin embargo, en los terminales aéreos está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no blasfemos contra Dios, como lo hace el hombre. Sin embargo, en la puerta de la iglesia está escrito: “Afuera quedarán los perros”.

Esta es la recompensa al único verdadero y fiel amigo del hombre, al cual pide solamente un poco de pan y alguna caricia.

MORALEJA: ¡Perros de todo el mundo, uníos! No se engañen: Vuestro enemigo no es el gato; es el hombre.

12 MOLLY Y LA BIBLIA

“¡Este abuelo!” —dice nuestra pequeña Lili Ester— “¡Este abuelo es pura boca!
¡Nada más que boca!”

El se tapa las orejas cuando le hablamos de nuestra pequeña Molly, y no quiere escuchar de los cuidados que le prodigamos: Sus vacunas en la fecha, su baño regular, su pedicure y manicure, su corte de pelo al estilo Cocker Spaniel y su tortita de cumpleaños con su velita de carne para soplar o engullir. ¡Peor si se entera de que la Lili y yo nos hemos peleado por dormir con la perrita recién bañada y perfumada!

Cada vez que le tocamos el tema de la Molly o de cualquier otro perro, nos agobia con sus sermones, como disco rayado:

—¡Todos los perros son unos hediondos y unos sarnosos!

Y repite, enfatizando sus adjetivos:

—¡Eso es lo que son! ¡Unos sarnosos! ¡Hay que meterles cuchillo, oye!

* * *

Algunas veces llegamos de visita a su casa en El Alto (sobre los 4,000 metros de altura), y me recuesto sobre su cama para recuperar el aliento, antes de ponernos a conversar y a discutir. Entonces la Lili le dice:

—¡A que no adivinas de dónde venimos, abuelo!

Y él, a las ganadas con Olguita, su segunda esposa, se apresura a preguntar:

—¿De dónde? ¿De dónde? ¿De dónde vienen ahora?

Y la Lili le responde con melodioso estribillo quemasangre, cuya rima es pura improvisación:

*¡Venimos de visitaar!
¡A la Mollicita!
¡En su casa de la Jennifer!
¡Y de paso!
¡Hemos ido a comprarle unas limas
a la cholita Justina,
a la vuelta de la esquina!*

El responde con enojo fingido —recuerda que el Higinio es pura boca, nada más—, y dice:

—¡Otra vez me vienes con ese perro hediondo! ¡Todos los perros son unos sarnosos! ¡Eso es lo que son! ¡Unos sarnosos!

Y la Lili le dice:

—¿Y por qué, pues, nos preguntas de dónde venimos? Yo sólo he respondido a tu pregunta; no he hecho nada más.

* * *

En esos días nos habíamos mudado de casa, a un departamento en el piso más alto de un condominio, y mientras veíamos a qué lugar apropiado llevaríamos a nuestra hermosa perrita, porque no podíamos tenerla en un edificio, la dejamos unos días encargada en la casa vecina, de la Jennifer, su amiguita de nuestra pequeña Lili, que daba a un hermoso jardín y lugar de juegos y columpios, en un área privada. Es que la Molly era la delicia y el entretenimiento de todos los niños de esa bonita vecindad.

Y a propósito del abuelo, su reacción contra los perros, sobre todo contra los perros callejeros, se debe a que siendo él ciego de nacimiento, que se guía con un bastón, es a veces víctima de los ladridos amenazantes de los perros que alguna vez en su perra vida han recibido un palazo de alguien que no aguanta pulgas.

Olguita también es invidente, y habiendo perdido la vista de niña, le es muy difícil orientarse, por lo que Higinio le sirve de ojos.

Volviendo al abuelo, él llena su mundo de oscuridad con la luz de su Biblia en Braille, y cuando hace frío, él la lee con sus dedos en su cama, debajo de gruesas frazadas.

* * *

Mucho me ha costado intentar convencerle al Higinio de las bondades de los perros, pero en vano. El es incircunciso de corazón, porque si algo no está explícitamente escrito en la Biblia, aunque sea algo bueno, no da su brazo a torcer. Por eso le dije un día, de manera peregrina, sólo por provocarle:

—No sé si ya te habrás enterado de que Jesús amaba a los perros, y que de manera especial le gustaban los perros Cocker Spaniel, como nuestra Molly. . .

El hombre da un salto de su sillón y se pone de pie. Y tantea con nerviosismo una Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA) que tiene en su estante de libros, la misma que yo publiqué en Estados Unidos.

Me la entrega y dice:

—¡Ay, caray! ¡No, pues, oye! ¡Demuéstrame en la Biblia que a Jesús le gustaban los perros! ¡No, pues, oye!

El tiene su Biblia Científica RVA, para dársela a las visitas para se la lean en los textos o pasajes que quiere comentar. Pero él lee su Biblia Reina-Valera de 1960 en Braille, que ha sido publicada en 31 voluminosos tomos, que como él dice, “un burro no los podría cargar a todos juntos”. Por esta razón él atesora tantas referencias bíblicas en su memoria, que realmente causa asombro.

* * *

Yo le devuelvo su Biblia Científica RVA cerrada, lo cual él considera un gran triunfo para sí. Sé que me va a ser imposible buscarle la prueba bíblica en ese mismo instante, y solemnemente prometo buscársela en casa y leérsela en mi próxima visita. Aunque a decir verdad, no estoy tan seguro de que pueda encontrar en la Biblia algo específico acerca del aprecio o del amor a los perros, salvo el refrán de Eclesiastés 9:4, que dice: “Mejor es un perro vivo que un león muerto!”

Al Higinió no le convencen las generalidades, de que los perritos, como él mismo, son criaturas de Dios; que a ambos, a ellos y a él, Dios les ha hecho con sus manos y que los animales también tienen alma y merecen un trato digno.

El demanda pruebas bíblicas textuales y específicas, de lo contrario, se adjudicará una nueva victoria teológica, porque. . . ¡nadie puede saber más de la Biblia que él! ¡Eso es imposible!

* * *

Llego a casa, agobiado por el reto planteado, y me pongo a buscar en la Concordancia Bíblica: “Perro”, “perritos”, “perrillos”. . .

Y me choco con esta historia narrada en el Capítulo 7 del Evangelio de San Marcos:

Y levantándose, Jesús partió de allí para los territorios de Tiro y Sidón. Y entró en una casa y no quería que nadie lo supiese, pero no pudo esconderse. Más bien, en seguida oyó de él una mujer cuya hija tenía un espíritu inmundo, y vino y cayó a sus pies.

La mujer era griega, de nacionalidad sirofenicia, y le rogaba que echase el demonio fuera de su hija. Pero Jesús le dijo:

—Deja primero que se sacien los hijos, porque no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos.

Ella respondió y le dijo:

—Sí, Señor. Pero también los perritos debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos.

Entonces él le dijo:

—Por causa de lo que has dicho, vé; el demonio ha salido de tu hija.

Y cuando ella se fue a su casa, halló a su hija acostada en la cama y que el demonio había salido.

* * *

El autor del Evangelio de Marcos tiene especial interés en referir el origen de la mujer. La llama “sirofenicia”, porque en ese tiempo Siria y Fenicia formaban una sola entidad político-territorial.

El idioma que hablaba era el griego, lo que indica que provenía de una minoría helenizada e influyente. Para el lector moderno, ella era simplemente libanesa, del Líbano, como se llama actualmente ese país.

Mateo, que habría estado presente en la escena, añade detalles conmovedores que dan a entender que la mujer tenía cierto conocimiento del judaísmo. Es de suponer que era una “temerosa de Dios”, como llamaban a las personas gentiles que simpatizaban con la fe de Israel y tenían un lugar asignado en las sinagogas.

Mateo dice, además, que ella se apareció mientras Jesús y sus discípulos iban por el camino que llega a Tiro por el lado sur, y les siguió por un largo trecho clamando por misericordia.

* * *

He aquí la historia según el Evangelio de Mateo 15:21-28:

Cuando Jesús salió de allí, se fue a las regiones de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea que había salido de aquellas regiones, clamaba diciendo:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! ¡Mi hija es gravemente atormentada por un demonio! —Pero él no le respondía palabra—.

Entonces se acercaron sus discípulos y le rogaron diciendo:

—¡Despídela, pues grita tras nosotros!

Y respondiendo dijo:

—Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Entonces ella vino y se postró delante de él diciéndole:

—¡Señor, socórreme!

El le respondió diciendo:

—No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos.

Y ella dijo:

—Sí, Señor. Pero aun los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños.

Entonces respondió Jesús y le dijo:

—¡Oh, mujer, grande es tu fe! Sea hecho contigo como quieres.

Y su hija quedó sana desde aquella hora.

* * *

Esta es una historia codificada y no ha sido debidamente entendida a través de dos mil años; los comentarios bíblicos no son de gran ayuda. Por ejemplo, dicen que la palabra “perros” es un término despectivo de los judíos para referirse a los gentiles.

¡Mentira! Esto no está documentado en la literatura judía, y evidentemente, tampoco esta idea pasó por la mente de Jesús. El sólo hablaba de la prioridad de alimentar a los “hijos”, y con las sobras, como se suele, a las mascotas y animales domésticos.

Pero, ¿cómo se le ocurrió a Jesús echar mano de esta analogía que de veras sería ofensiva a los libaneses, estando él mismo dentro del territorio del Líbano?

El Evangelio de Mateo refiere que la mujer le imploraba misericordia, pero Jesús fingía no hacerle caso, hasta que, evadiéndola (como dice el Evangelio de Marcos) entró a la casa de una familia judía donde tenía previsto alojarse. Esto habría hecho en un simulado intento de deshacerse de ella, mientras algunos de sus discípulos se encargaban de detenerla para que no les siguiera ni viera a dónde entraba.

Pero la mujer, inteligentemente, intuyó a dónde habría entrado Jesús, y acudió también allí. ¿Por qué? Simplemente, porque la fe es inteligente.

* * *

¿A dónde entraría Jesús?

¡A dónde más sino a la casa de una familia judía de Tiro que le era conocida!

La mujer, que conocía la casa, llegaría justo en el momento en que Jesús se disponía a almorzar en el patio, debajo de la vid o la higuera, como solían.

Los niños pequeños estarían a su lado cuando él se disponía a partir el pan. Entonces la mujer llegó agotada y cayó a los pies de Jesús, en el preciso momento en que estaban allí, debajo de la mesa, unos perritos pequeños de la familia.

Quizás la perrita Cocker Spaniel había tenido cachorritos, y Jesús mismo se estaría divirtiendo dándoles pedazos de pan en la boca. Los niños, por quienes Jesús tenía especial atención porque como es sabido era “guaguero”, se regocijaban con lo que Jesús hacía.

* * *

Al caer la mujer, habría llegado a estar a los pies de Jesús, de cuatro patas, como un perrito más. De estas circunstancias particulares habría derivado Jesús la analogía de los perritos, y usó la palabra “perritos”, porque tenía delante a esos cachorritos.

* * *

El solía derivar sus enseñanzas de las cosas que ocurrían en su entorno: El sembrador arrojaba sus semillas a corta distancia, y el refiere la Parábola del Sembrador, aunque en otra ocasión refirió la misma parábola junto a la playa. Los pajaritos descendían y se comían las semillas junto al camino, justo cuando él se refería a ellos analógicamente. Y así sucesivamente.

La mujer, viéndose en cuatro patas, como los perritos, entendió el humor y el cariño de Jesús. Quizás a ti te choquen, pero para ella sus palabras no eran despectivas, como lo revela también el uso del diminutivo “perritos”. Después de todo, ella sabía que Jesús nunca da migajas. Ella sabía que recibiría el gran banquete de la liberación de su hija que estaba confinada a la cama, y el glorioso status de “hija” de Dios.

Aquella mujer también entendió, con la inteligencia emocional que es propia de la fe, las prioridades de la agenda de Jesús, quien por el momento evitaba dedicar tiempo y esfuerzos a la gente que no eran de “las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Este era, casualmente, el punto al cual Jesús quería conducir las cosas, para darles a sus discípulos judíos las migajas de una maravillosa lección práctica acerca de la fe y la agenda de Dios.

* * *

El Higino me escucha maravillado, pero triunfalmente dice:

—¡No, pues, oye! Lo que me dices es pura conjetura. Te estás rebajando al mismísimo nivel de los curas, ché. . . A ver, ¿dónde está escrito, de manera explícita, que Jesús amaba a los perros?

Entonces acudo a Olguita, su mujer, en busca de apoyo, y le digo:

—Y a ti, Olguita, ¿te convence mi explicación?

Ella salta de su asiento, vibrando de emoción, y responde:

—¡Sí, doctor! ¡Yo sí creo! ¡Yo sí creo!

El Higinio siente estar perdiendo terreno, siendo que su mujer es una buena católica, y exclama:

—¡No, pues, oye! ¡Tú has prometido que me vas a mostrar en la Biblia que a Jesús le gustaban los perros y que se preocupaba por ellos!

Entonces abro la Biblia y le leo en el Salmo 136:25: “El da alimento a toda criatura, ¡porque para siempre es su misericordia!”

El viejo no da su brazo a torcer, y exclama:

—¡No, pues, oye! ¡Tú prometiste encontrarme un versículo donde dice explícitamente que “Jesús amaba a los perros Cocker Spaniel y que les daba pan en su boca con su mano. —Y enfatiza las palabras “con su mano”—.

Entonces le digo:

—En el Salmo 145:16 dice: “Abres tu mano, y satisfaces el deseo de todo ser viviente.”

Y añado triunfalmente:

—Allí tienes la palabra “mano”.

Y el viejo resabido exclama:

—Pero nada dice de los perros en general ni de los Cocker Spaniel en particular.

* * *

El viejo zorro me tiene hasta la coronilla. Si no hago algo desesperado, nuevamente va a saltar de su silla adjudicándose una nueva victoria teológica. Entonces se me ocurre decirle:

—También recordarás que Jesús le dijo al primer Papa de Roma: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Simón Pedro le respondió: “Sí, Señor, tú sabes que te amo.” Entonces Jesús le dijo: “Alimenta a mis perritos.”

El viejo hace un escándalo y dice:

—¿Dónde dice “alimenta a los perros”? Lo que dice es: “Apacienta mis ovejas.”

Y le respondo:

—¿Por qué te excitas tanto, Higinio? Perros u ovejas, da lo mismo. ¡Lo que aprendemos de su lenguaje analógico, en primer lugar, es que si amamos a Dios, tenemos que demostrarlo cuidando de los seres que él ha creado! Esta es nuestra responsabilidad ecológica.

* * *

El viejo se rasca la cabeza. No ha sido del todo convencido, porque como dije, él es incircunciso de corazón.

Siente que pierde terreno, y después de un minuto de silencio, vuelve a la carga:

—¡Futa! ¡No, pues, oye!

Olguita se pone de pie, bruscamente, y tantea el extremo de la cama para guiarse hacia el cuarto de baño.

Mientras se aleja lentamente, junta las palmas de sus manos, eleva al cielo sus ojos invidentes, y exclama con regocijo:

—¡Yo sí creo, doctor! ¡Yo sí creo!

* * *

Derrotados en la sesión de esgrima bíblica dejamos la casa del abuelo, y partimos de regreso a casa en el auto de la tía Stael.

Una sombra de tristeza envolvía el alma de la Lili y la mía, y por mucho tiempo nos quedamos callados, incomunicados, tirados cada uno a un costado del asiento trasero con nuestras caras pegadas al vidrio de la ventana y las miradas divagando.

Mientras bajamos la empinada cuesta de Pasankeri, comentamos con la tía Stael lo ocurrido y nos ponemos a soñar: ¿Qué premio le correspondería a Olguita por su amor a nuestra Molly?

Tendría que ser un premio celestial por su fe pura y espontánea y su amor por los perritos que Dios ha creado.

Entonces, Lili arguyó que también deberíamos pensar en un castigo ejemplar para el abuelo, por su dureza de corazón, porque como dije, él es incircunciso de corazón. Lástima que nuestros pensamientos no pasaran de ser nada más que fantasías en medio del silencio.

* * *

Entonces interrumpo y digo:

—Si por lo menos fuera verdad eso de la reencarnación. . .

La Lili pregunta:

—¿Qué es la re-encarnación, papá?

—Es una creencia oriental de que cuando te portas mal en esta vida, en el futuro podrías volver a nacer y vivir como animal, según la gravedad de tu conducta.

La Lili pregunta:

—¿Cómo cualquier animal, papá? Por ejemplo, ¿también como un microbio?

La tía Stael interrumpe y protesta:

—¡Ah, eso no! ¡Eso de la reencarnación no está en la Biblia!

Yo les digo:

—Pero, ¿si fuera verdad la reencarnación? ¡Allí tendríamos el castigo que se merece el abuelo por la dureza de su corazón!

La Lili pregunta:

—¿De qué se reencarnaría el abuelo?

Se me brillan los ojos de contento y de perversidad, y propongo:

—¡A él le iría bien de perro, porque los perros son su obsesión!

La Lili propone:

—¡Mejor de perrita! ¡De hembrita le iría mejor a él! ¿Qué tal?

La tía Stael contribuye:

—¡Qué buena ideota! ¡Y mejor si se reencarna de perra faldera! ¡Así lo mantendríamos quieto, dentro de la casa! Porque mucha preocupación nos acarrea que esté andando por las calles como perro sin dueño. . .

Y Lili lo remata:

—¡Que sea de perrita chiguagua! ¿Todos de acuerdo? ¡Excelente!
 Y respondemos haciendo algazara en el auto:
 —¡Qué bien! ¡Se lo tiene bien merecido el abuelo!

* * *

Cuando nos acercamos a la ciudad de La Paz, ya nos habíamos olvidado del tema. Aunque la Lili seguía intrigada con eso de la reencarnación, y pregunta:

—¿Y de qué te reencarnarías vos, papá?

La tía Stael detiene el coche en un semáforo, y se vuelve hacia mí con su generosa propuesta:

—¡A vos te iría bien de lagartija! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Cuando nos acercamos a casa, nuestro vehículo parecía una fiesta a causa de las risas.

Les digo:

—¡Imagínense al abuelo de perrita faldera!

—¡Y vos de lagartija!

Les digo:

—Pero nos olvidamos del premio que se merece la Olguita. . .

Y Lili dice, presa de emoción:

—¡Su mejor premio sería que se quedara de Olguita nomás!

* * *

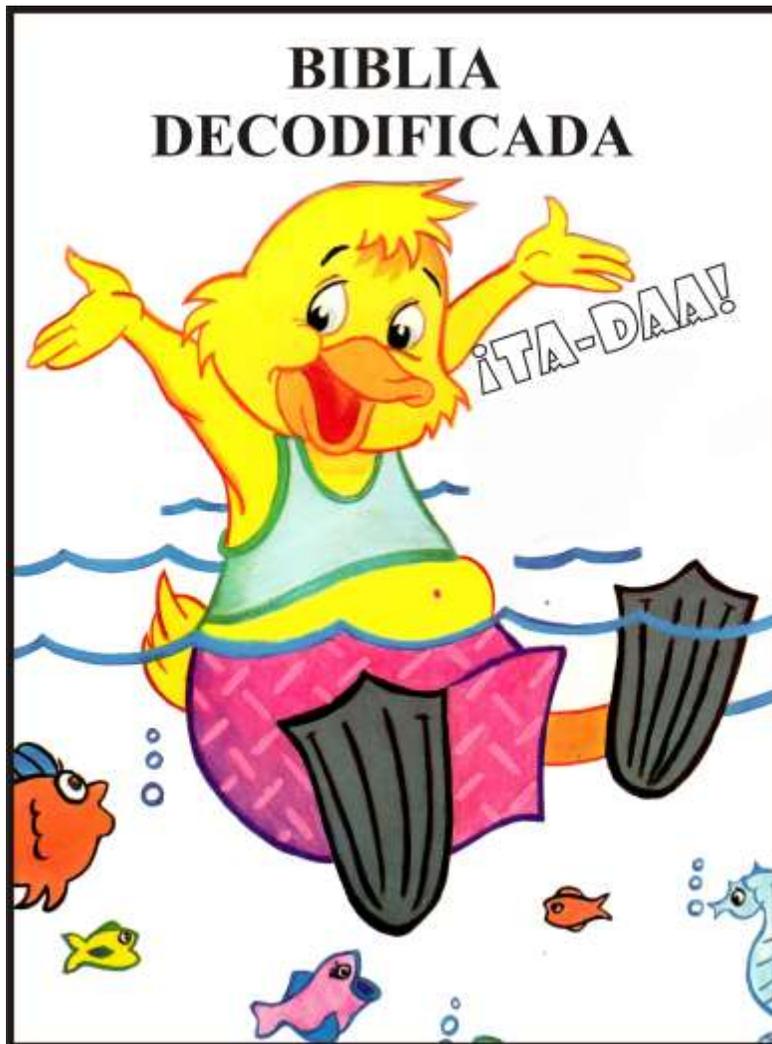
Han pasado muchos años, y recién he podido entender el mensaje de la historia de los perritos en los Evangelios. Porque. . .

¿Acaso no se invirtieron los roles, y la libanesa resultó participando de las *delicatessen* de la mesa del Señor, y los que recibieron las migajas fueron sus discípulos judíos?

¿Acaso no fue ella quien captó en primer lugar esta gran lección de Misionología que Jesús quería que captasen sus discípulos, y por eso les llevó a ese escenario lleno de perritos en la lejana ciudad de Tiro?

¿Acaso no es el testimonio de su fe y de su inteligencia emocional lo que ha merecido ser eternizada en las páginas de la Biblia?

Sin duda, el objetivo del Señor es, en los términos de su oración a su Padre que está en los cielos: “Para que te conozcan, el Dios verdadero, y al Mesías a quien has enviado” (Juan 17:3).



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ



[Biblioteca Inteligente] | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!

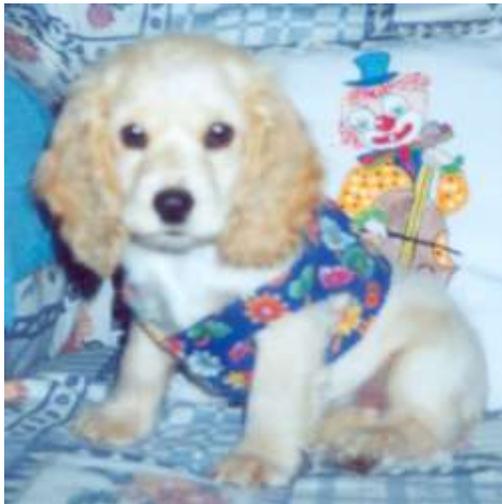


**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
 DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
 Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651